

TEMA 1. LA RELIGIÓN.

OBJETIVOS.

1. Comenzaremos esta unidad planteándonos qué es propiamente la religión: trataremos de descubrir lo sustancial.
2. Después nos proponemos identificar y analizar las grandes experiencias religiosas que han hecho historia.
3. Finalmente contemplaremos las diversas posturas actuales ante la religión.

1. El concepto de trascendencia en la historia de la humanidad

Hagamos un poco de ciencia ficción y supongamos que un investigador galáctico desciende al planeta Tierra en el que se ha extinguido la raza humana: a través de las ruinas se dispone a estudiar la conducta del hombre comparándola con la de los demás seres vivos. Deduce que el *Homo sapiens sapiens*, como todas las demás especies vivas, nació, creció, se reprodujo y murió; que, como casi todas las especies animales, aunque con una tecnología más evolucionada, construía sus cubículos; como muchas de ellas tenía una organización gregaria y jerárquica y sólo como algunas pocas fabricaba instrumentos, investigaba el funcionamiento de la naturaleza y diseñaba estrategias de preservación personal y de utilización de los recursos en favor del clan.

Aparentemente fue el único que se planteó algo tan inconsistente e intangible como la trascendencia. El hombre no sólo buscaba comida y comía; no sólo buscaba pareja y se apareaba, y establecía una vivienda elaborada como cubículo y se refugiaba en ella; no sólo establecía relaciones de dominio y sumisión entre los suyos y los animales y plantas de su entorno; y, en el ámbito de estas relaciones, no sólo comerciaba y guerreaba.

En la Tierra desierta quedan ciudades, mercados, comercios y edificios bancarios, entre otras innumerables huellas del paso y la acción del hombre en el planeta. Quedan lugares de encuentro y discusión, cines, teatros, salas de fiestas y cosos deportivos con taquilla en la entrada. Pero también quedan edificios singulares, aparentemente sin sentido, como lugares de encuentro social y sin taquilla en la entrada, aunque con muros (a veces defensivos) y puertas: son los templos.

¿Por qué, para qué el hombre erigió esos edificios no utilitarios y carísimos, de arquitectura casi siempre pionera con relación al tiempo en que fueron construidos? ¿Sólo para demostrar el poder de la clase clerical que los mandó construir? ¿Qué se encuentra en el interior de esos templos, sino espacios libres y, en todo caso, artes decorativas, y a veces altares y muebles obviamente pensados para que un humano se prosterne con menos incomodidad? ¿Para qué tanto dispendio y fastuosidad si en todo lo demás, excepto en la poesía, el *Homo sapiens* era una de las especies más depredadoras, asoladoras y utilitaristas?

Las cuestiones que se planteará el antropólogo galáctico serán sorprendentes y, sin duda, la respuesta que dará, si no conoce la *trascendencia* (cosa difícil puesto que realiza sus investigaciones en las estrellas), será la perplejidad más impenetrable. ¿Era el hombre tan goloso, tan voraz de vida que no le bastaba con aquella de la que gozaba, sino que pretendía otra después de la muerte; o esa vida le resultaba tan penosa que sólo le quedaba como consuelo el refugio en la esperanza de una vida posterior mejor y llena de placeres? ¿Tan orgulloso era que pretendía la inmortalidad, a pesar de la fragilidad de su estructura corporal y de la limitación de su capacidad cognitiva? ¿Tan infantil, a pesar de tan inteligente, que pretendía comprar a los dioses unos atributos exclusivamente sobrenaturales, arrebatar para sí una esencia metafísica? ¿Y para ello rezaba, se mortificaba, peregrinaba, se reunía en multitudes orantes, cumplía mandamientos, daba limosnas, se ejercitaba en la donación desinteresada a los demás? ¿Eran realmente desinteresadas las conductas éticas de los seres humanos, regidas por ideas religiosas convertidas en principios de vida?

Volvamos a nuestro siglo XXI: en el planeta Tierra y a la altura de nuestros conocimientos, el fenómeno de la trascendencia es en apariencia exclusivo de la humanidad. Y tan difícil de definir que se ha dicho que cualquier explicación del fenómeno religioso está necesariamente viciado por las ideas preconcebidas de quien intenta realizarla. Se puede describir sin riesgo, quizás, como una realidad social que liga ("re-liga", éste es el origen de la palabra "religión") a cada una de las personas íntimamente con el entorno social donde surge un determinado sistema de creencias; casi siempre da sentido a un sistema cultural tan amplio como se quiera y que implica a diversos conjuntos de grupos humanos étnica y geográficamente afines. Un fenómeno, además, capaz de propagarse y de ser utilizado como instrumento de cohesión política interna así como de expansión externa, de cariz netamente imperial.

Ésta es la historia del hombre en su inquietante dimensión espiritual, la aventura del robo del fuego sagrado, la manzana comida del árbol de la ciencia del bien y del mal, el osado aldabonazo propinado a las puertas del Olimpo, del cielo, del Paraíso, en suma, del que aparentemente fue expulsado en los tiempos primeros y al que siempre tercamente pretendió regresar.

2. El culto en el Paleolítico

Si el hombre prehistórico fue "religioso", es un misterio para nosotros porque sus mensajes, en caso de que hayan conseguido llegar hasta hoy, lo han hecho truncados por el tiempo, la ruina, el saqueo... y el silencio.

APUNTES DE 2 DE BACHILLERATO DE RELIGIÓN Y MORAL CATÓLICA REALIZADOS POR MIGUEL ÁNGEL ORTEGA PALOP, PROFESOR DEL IES AVERROES.

Tal vez hace decenas de miles de años uno de nuestros ancestros celebró un complejo ritual de ofrenda, durante el cual colocó en el suelo una piedra y puso encima de ella una corteza vegetal pintada de ocre, y en su interior una víscera asada de un animal recién cazado. A quién iba dirigida la ofrenda, en qué consistía y, sobre todo, por qué y cómo se realizó, no lo narran los restos fósiles que nuestros científicos recogen, estudian, clasifican y guardan en museos. Los gestos y la palabra del ancestro, la víscera, la bandeja y hasta la propia memoria del dios..., todo ha desaparecido. Y por lo que se refiere a la piedra, sólo el ojo experto de un arqueólogo puede distinguirla de las demás piedras que afloran durante la excavación.

Es decir, que sabemos poco más que nada.

Aun así, resulta seductora la idea de introducirnos en el silencio y el asombro que suscita la contemplación de los restos no utilitarios de nuestros antepasados más remotos. Porque en un entorno de absoluta supervivencia en el que ellos tuvieron que moverse necesariamente, cualquier manifestación que no implique mera utilidad nos parece indicar una voluntad de trascendencia.

En nuestros días se ha conseguido asentar una certeza sobre operaciones de culto religioso y sobre un armazón de creencias entre los seres humanos primitivos. Sabemos, por ejemplo, que el hombre de Neanderthal tenía comportamientos que iban más allá del beber y el comer, que amasaba bolas, recogía fósiles y ocre, y ocultaba a algunos de sus muertos...; quedan vestigios de un cierto "culto" a las osamentas, quizás al oso, han llegado hasta nosotros colmillos perforados para llevar colgados a modo de trofeo... Pero de ahí no es posible deducir ideas precisas sobre el modo de pensar -religioso o no- de la Prehistoria, so pena de dar por verdad sentada lo que en realidad nunca sucedió o, si sucedió, fue por otros motivos o de otra manera. Dicho de otro modo, esto sólo añadiría nuevas incertidumbres a lo de por sí ya confuso de sobras.

En cambio, a partir del Paleolítico superior (entre 30000 y 9000 antes de nuestra era) se abre para la humanidad la nueva etapa de la figuración gráfica. El hombre del caballo y del bisonte deja ya miles de figuras que, sin ser textos, constituyen vestigios de una literatura oral que puede ser tratada como tal.

3. El arte religioso prehistórico

3.1 Breve cronología del arte religioso prehistórico

Pinturas calladas durante milenios

APUNTES DE 2 DE BACHILLERATO DE RELIGIÓN Y MORAL CATÓLICA REALIZADOS POR MIGUEL ÁNGEL ORTEGA PALOP, PROFESOR DEL IES AVERROES.

Como un eco lejano, suspendido en el tiempo y de repente percibido, el arte prehistórico conservado en abrigos naturales hoy nos sigue atestiguando que sus autores percibieron lo trascendente.

Las pinturas rupestres son como un decorado sin texto teatral en un escenario vacío sólo iluminado por las débiles luces de la conjetura; no hay vestuario, ni partitura musical ni siquiera un triste programa de mano, nada: sólo nos quedan el decorado y el silencio de siglos.

Ni siquiera conocemos a ciencia cierta cómo debemos aplicar la palabra "religión" a un "santuario" que consiste en un abrigo natural decorado con grabados y pinturas de las que sólo conocemos su antigüedad aproximada, y, en algunas ocasiones, la composición del colorante.

En cuanto al artista, sólo podemos ceñirnos a las manifestaciones y preocupaciones que, en apariencia, sobrepasen el orden natural de la mera subsistencia. Argumentos como la prolongación de la especie o un zozobante asombro frente al misterio de la muerte son todavía terrenos más oscuros, más conjeturales, por lo que más inciertas serán las conclusiones. Nos movemos en un mundo de sombras lejanas.

3.2 Arte, abstracción, orden

Las primeras muestras de arte paleolítico europeo fueron descubiertas en el último tercio del siglo XIX en Francia y Suiza (1878) y en Altamira, España (1879). Las discusiones que siguieron a los descubrimientos dieron pie a reconocer en la humanidad en general, y a la prehistórica en particular, un rasgo fundamental: el origen común de la religión y el arte. Incluso en las obras menos figurativas y más despojadas de contenido religioso, el artista es el creador de un mensaje mediante el cual, a través de las formas, pretende llenar la necesidad individual y social de un punto de inserción en el mundo móvil y aleatorio que le rodea.

Por lo que respecta al arte, el Paleolítico abarca, en general, tres categorías de temas: animales, seres humanos y signos. Los signos son muy numerosos y están presentes en todas las cavernas descubiertas.

En los signos, la fantasía contemporánea, muchas veces disfrazada de ciencia prehistórica, ha querido ver trampas de caza, trampas-choza para cazar espíritus, armas o trofeos conmemorativos. Sin embargo, análisis estilísticos y estadísticos rigurosos invitan más bien a pensar en la hipótesis de que los signos fueran símbolos de carácter sexual masculino y

femenino, y de que se trataría, por tanto, de la explicitación de una primera percepción de la dualidad y la síntesis.

En las pinturas rupestres, la representación de animales heridos ha sido un "argumento" en favor de una interpretación mágica de las escenas, según la cual, los humanos de la Edad de Piedra remota herían la imagen de los animales para asegurarse el éxito de la caza. Pero un recuento de los animales pintados en las poco más de 125 cuevas que se conocen en el mundo, con más de 2 500 figuras, demuestra que los animales heridos representan sólo el cuatro por ciento de todos los animales representados, lo cual no significa, por supuesto, que los primitivos renunciaran al 96 por ciento de sus expediciones de caza, o que en ellas fracasaran en la misma proporción. Sin magia, el arte paleolítico pierde absolutamente cualquier carácter utilitario y pasa a ser sólo manifestación del espíritu: arte.

Y por otra parte, las pinturas de las cavernas muestran un mundo auténticamente organizado. No percibimos al detalle un sistema simbólico, pero sí advertimos que el conjunto se apoya en representaciones cuya disposición supone un pensamiento más allá del prejuicio que sobre él nos habían transmitido los teóricos.

¿Es posible "animar" el legado del hombre de las cavernas sin introducir en él elementos modernos? Una vez adquirida la certeza de que existe una organización de conjunto, podemos realizar un análisis de los temas tratados y buscar indicios de su relación mutua.

3.3 La religión en la Edad de Piedra

Como en todas las religiones perdidas, la religión de la Edad de Piedra nos ha llegado a través del arte conservado. En él encontramos, tras los símbolos de personajes humanos o animales, una determinada concepción del orden universal. Innumerables religiones utilizaron figuras masculinas y femeninas como elemento central. El arte paleolítico contiene también esa representación con el añadido de un emparejamiento estadístico constituido por el bisonte y el caballo, o por una pareja de bisontes y una pareja de caballos que parecen representar dos grupos complementarios. Interviene a menudo un tercer animal (mamut, ciervo, cabra).

No sería difícil encontrar esquemas mitológicos en los que la combinación binaria de personajes entra en relación con un tercero. Pero esa vinculación dinámica escapa a nuestra comprensión; por mucho que la fórmula se repita cientos de veces en las cavernas, lo único que afirma es la existencia de un sistema de representación sólidamente establecido. Lo único que podemos constatar, aparte de un principio general de complementariedad entre símbolos de distinto valor sexual, es que las representaciones recubren un sistema extremadamente complejo y rico, una mitología que, a partir del año 12000 antes de nuestra era, quizás se

prolongó evolucionando hasta tiempos posteriores, quizás incluso de un modo u otro hasta nuestros propios días..., pero cuyo contenido siempre desconoceremos.

3.4 El arte rupestre conocido

Si los primeros vestigios humanos se remontan a unos 2,3 millones de años, hasta hace unos 40 000 nuestros antepasados proliferaron en el planeta Tierra como una especie más de mamíferos depredadores, en apariencia sin proyectos trascendentes. A partir de esa fecha, las balbucientes manifestaciones artísticas de algunos especímenes humanos nos invitan a pensar que habían dado el paso hacia la comprensión de algo trascendente más allá de las tareas cotidianas de la comida, la protección del grupo y la procreación instintiva.

Ciñéndonos a esas fechas, el arte rupestre (grabados, pinturas y relieves en las cavernas) se difundió casi exclusivamente en la Europa atlántica, aunque también (en menor abundancia) en el interior de las penínsulas Ibérica e Itálica, Rumania y Rusia; en Asia sólo hay vestigios en el sur de Siberia; las pinturas de África no pueden fecharse con seguridad, y en América y Oceanía no se conocen. El núcleo principal se extiende por la región francocantábrica, desde el oeste de las tierras asturianas, continuando por Cantabria, los Pirineos y la margen derecha del Ródano.

Aunque existen representaciones figurativas en rocas al aire libre o en entradas de abrigos, las mejores creaciones se encuentran en el interior de las cuevas, en algunos casos en zonas muy alejadas de la entrada, para lo cual los artistas tuvieron que ayudarse de luz artificial proporcionada por lamparillas de arenisca (algunas decoradas) alimentadas con grasa animal. Los científicos han clasificado los estilos y la cronología a partir de diversos hallazgos.

3.5 Breve cronología del arte religioso prehistórico

-35000 a 30000: primeras manifestaciones decorativas muy simples: Arcy-sur-Cure, Laugerie-Haute (Francia).

-30000 a 25000: primeros grabados sobre piedra, toscas representaciones animales, símbolos femeninos y abstractos: Cellier (Francia).

-25000 a 18000: representaciones de especies animales reconocibles en accesos a las cuevas: Pair-non-Pair (Francia).

-17000 a 13000: pinturas de animales con volumen, todavía en las bocas de las cavernas, aunque alguna, como en Lascaux, ya en el interior.

-13000 a 10000: perfección de proporciones y movimiento: Lascaux (Francia), Altamira (España).

APUNTES DE 2 DE BACHILLERATO DE RELIGIÓN Y MORAL CATÓLICA REALIZADOS POR MIGUEL ÁNGEL ORTEGA PALOP, PROFESOR DEL IES AVERROES.

-10000 a 8000: representaciones muy realistas y con movimiento, animales en grupos y en distintas actitudes: Limeuil (Francia).

-8000 a 6000: en el Levante español se representan actividades cinegéticas humanas en cuevas de Cádiz, Jaén, Almería, Murcia, Albacete, Cuenca, Teruel, interior de Valencia, Castellón, Tarragona y Lérida.

En Mas d'Azil (Francia) y en otros yacimientos se encuentran cantos de piedra pintados: se han relacionado con los churinga australianos, "piedras del alma" de los antepasados que cada tribu guardaba como patrimonio sagrado.

4. Los ritos funerarios prehistóricos

4.1 Huellas de ritos funerarios prehistóricos

Los ritos funerarios tienen un significado claramente religioso, ya que son, en primer lugar, una respuesta elaborada a la constatación del hecho de la muerte -una reflexión trascendente- y una exaltación de la memoria de los muertos.

El culto a los muertos de las comunidades humanas primitivas implica la presencia de la conciencia de la muerte, probablemente la creencia en los espíritus de los muertos y en una comunidad de difuntos, y casi con toda seguridad, una concepción de la muerte como una prolongación de la vida con unas necesidades más o menos similares a ésta.

Los enterramientos rituales prehistóricos, en los que se ataviaba al difunto con su ajuar, adornos y los atributos de que había gozado en vida, debían de tener ese significado, si no nos empeñamos en creer que sus coetáneos quisieran enterrar con el difunto todo rastro o recuerdo que de alguna manera prolongara la memoria de su presencia entre los vivos; de hecho, todavía nosotros adornamos a nuestros difuntos de esa manera siempre que es posible.

Por cierto, los adornos más usuales debieron de ser los dientes de animales, las conchas y, sobre todo, los caninos de ciervos, éstos tan apreciados que hasta se hicieron imitaciones talladas en cuernos de reno, como se descubrió en un enterramiento de Arcy-sur-Cure, en Francia.

Que algún tipo de culto o trato ritualizado a los muertos fuera ya una realidad en la prehistoria espiritual de nuestros antepasados remotos es un hecho constatado por el hallazgo y estudio

APUNTES DE 2 DE BACHILLERATO DE RELIGIÓN Y MORAL CATÓLICA REALIZADOS POR MIGUEL ÁNGEL ORTEGA PALOP, PROFESOR DEL IES AVERROES.

de los cadáveres primitivos depositados en las fosas, tendidos o muchas veces en posición fetal, y según rituales tan diversos y tan diversamente emocionales como lo puedan ser hoy en día en las dispares culturas que subyacen a la especie humana común.

4.2 Emoción y culto

En el yacimiento de Sungir, cerca de Vladimikov, en Bielorrusia, bajo una gran losa de piedra sobre la que se había colocado un cráneo de mujer apareció el cadáver de un hombre de unos cincuenta años que había sido depositado, en el momento de su enterramiento, sobre un lecho de brasas incandescentes; veinte brazaletes hechos con colmillos de mamut cubrían sus brazos y sobre su pecho se había colocado un collar de dientes de zorro y un colgante de piedra.

En Grimaldi (Liguria, Italia) existe la llamada Cueva de los Niños, donde se encontraron los restos de una mujer adulta y de un adolescente. La posición forzada de los esqueletos indica que fueron enterrados juntos, metidos en un saco de cuero: ¿una historia de sentimientos proyectada al más allá? Sí, en cualquier caso y bajo cualquier interpretación, novelesca o no.

En la necrópolis de Bågenbakken, en Dinamarca, fechada en el 5300 antes de nuestra era, se encontró una doble tumba que contenía el cadáver de una mujer muy joven y, a su lado, el de un recién nacido varón que reposaba sobre un ala de cisne.

Otro hallazgo sobrecogedor fue el del enterramiento triple descubierto en una fosa poco profunda en Dolni-Vestonice (Checoslovaquia), con los restos de tres individuos de entre 17 y 23 años. Todos estaban orientados con la cabeza hacia el sur. El del centro correspondía a una mujer con graves malformaciones y con vestigios de un feto en las proximidades de su pelvis. El de su izquierda, depositado boca abajo, tenía uno de sus brazos apoyado en la joven, como si estuviera protegiéndola. Tanto él como su compañero, colocado al otro lado de la mujer, presentaban signos de muerte violenta. En el momento del enterramiento, la estructura había sido cubierta con maderos y posteriormente incendiada y cubierta con tierra.

4.3 Los primeros cementerios

En el Neolítico, a partir del octavo milenio antes de nuestra era, se fueron imponiendo las sepulturas colectivas, situadas en zonas alejadas de las aldeas, al modo de nuestros cementerios.

APUNTES DE 2 DE BACHILLERATO DE RELIGIÓN Y MORAL CATÓLICA REALIZADOS POR MIGUEL ÁNGEL ORTEGA PALOP, PROFESOR DEL IES AVERROES.

En lugares tan dispares como Biblos (Fenicia, cerca del actual Beirut), el Tigris medio o la meseta de Irán, los cadáveres se enterraban en grandes tinajas de cerámica común, pero de grandes dimensiones, como las utilizadas para almacenar el grano. También hubo, sobre todo en una amplia zona de la Europa central, sepulturas individuales, rodeadas o cubiertas de losas, o señalizadas por túmulos de grandes piedras.

Y la creencia en el más allá se tradujo cada vez con mayor firmeza en el incremento de la riqueza de las ofrendas y los ajuares funerarios.

El culto a los muertos se constata progresivamente, hasta el inicio de la historia propiamente dicha, en los rituales de conservación de los cráneos, práctica de la que se tiene constancia en Jericó (Palestina) y en Hacilar (Anatolia). Se han encontrado cráneos alineados sobre piedras llanas, posiblemente expuestos a la veneración de los vivos.

Estas y muchas otras inquietudes aparentemente funerarias culminaron con la construcción de grandes moles pétreas, llamadas megalitos (como los menhires, los dólmenes o las alineaciones pétreas de Stonehenge) cuyo origen y significado todavía no son plenamente conocidos, pero que, en cualquier caso, constituyen los primeros monumentos funerarios que fueron construidos por la mano del hombre y que han llegado más o menos intactos hasta nuestros días.

4.4 Glosario fundamental de la religión prehistórica

Ashdown: Localidad británica, en Berkshire, donde se conserva un enorme complejo megalítico con más de ochocientos megalitos situados en un paralelogramo de 250 por 500 metros de lado.

Bachler, Emil: Estudios suizo que investigó las cuevas de Drachenloch y Wildenmannisloch, donde se hallaban enterramientos de huesos de oso. Ello demuestra que, al igual que algunas culturas de cazadores árticos, el ser humano daba sepultura ritual a los animales que le servían de sustento, probablemente para garantizar su regreso a la vida para continuar el ciclo.

Carnac: Enclave bretón donde se halla uno de los alineamientos más famosos de la cultura megalítica.

APUNTES DE 2 DE BACHILLERATO DE RELIGIÓN Y MORAL CATÓLICA REALIZADOS POR MIGUEL ÁNGEL ORTEGA PALOP, PROFESOR DEL IES AVERROES.

Childe, Gordon: Teórico que postuló una religión megalítica general extendida en Europa gracias a los colonizadores mediterráneos.

Chu-ku-tien: Yacimiento arqueológico en China, donde se han encontrado cráneos y mandíbulas inferiores enterrados por razones desconocidas. Es el enclave funerario más antiguo conocido y se remonta a entre trescientos y cuatrocientos mil años.

Crómlech: Monumento funerario megalítico similar al dolmen. Consistía en un círculo de piedras, a menudo con un dolmen en el centro.

Culto a los cráneos: Tipo de enterramiento frecuente en el Neolítico, al menos en Oriente Próximo. Las cabezas tenían los rasgos faciales remodelados con arcilla u otras sustancias, y se enterraban acompañadas de estatuillas, armas y otros objetos. El culto debe probablemente su origen a la creencia ancestral de que el alma está localizada en el cráneo.

Diosa Madre: Deidad principal y común a casi todas las culturas neolíticas. Se la representaba en figurillas de arcilla o en pinturas que adornaban los sepulcros. Ello hace pensar en la existencia de una relación entre el culto a los muertos y el culto a la fecundidad, dado el carácter cíclico de la sociedad agrícola del Neolítico.

Dolmen: En la cultura megalítica europea de las zonas preceltas, cámara funeraria sencilla compuesta por varias piedras verticales sin tallar y una piedra enorme como techo.

Gran Diosa: Divinidad femenina y protectora de los muertos, similar a la Diosa Madre neolítica, que prolifera en casi todas las culturas megalíticas en Europa.

Hacilar: Cultura neolítica de Anatolia en la que los muertos eran enterrados en subterráneos adornados con pinturas y esculturas de dioses, especialmente de la Diosa Madre.

Hal Saflieni: Gran necrópolis del período megalítico, situada en Turquía, que contiene más de 7 000 osamentas inhumadas en cámaras talladas en la roca y acompañadas de figuras femeninas recostadas, probablemente representaciones de la Gran Diosa.

APUNTES DE 2 DE BACHILLERATO DE RELIGIÓN Y MORAL CATÓLICA REALIZADOS POR MIGUEL ÁNGEL ORTEGA PALOP, PROFESOR DEL IES AVERROES.

Hematites: Mineral rojizo que se usaba en enterramientos, principalmente en África.
(Véase *Ocre rojo*.)

Jericó: Probablemente la ciudad más antigua de la historia (6850-6770 a.C.), es un paradigma de las costumbres funerarias neolíticas: los sepulcros estaban situados bajo el pavimento de las viviendas, y en ellos las partes inferiores del difunto eran tratadas con yeso y se colocaban conchas en los ojos.

Los Millares: Necrópolis megalítica situada en las inmediaciones de Almería, donde hay más de cien sepulcros con restos de pinturas y cubiertos por túmulos.

Menhir: Gran piedra vertical característica de la cultura megalítica europea. El más alto conservado, de 20 metros, es el de Locmariaquer.

Meuli, Karl: Investigador que postula el origen no religioso de los enterramientos de osos en los Alpes. Según su teoría, el cazador prehistórico pretendía garantizar de forma mágica el retorno del oso, pero en ello no intervenía deidad alguna.

Musteriense: Período prehistórico (70000-50000 antes de nuestra era) a partir del cual es posible afirmar con seguridad arqueológica la existencia de verdaderas sepulturas.

Natufiense: Período mesolítico cuyo nombre procede de Wadi en Natuf, lugar donde se hicieron las primeras excavaciones que pusieron al descubierto esta población. Sus tumbas eran de dos tipos: enterramiento del cuerpo entero, encorvado, e inhumación tan sólo del cráneo.

Ocre rojo: Polvo con el que se rociaban los cadáveres que se enterraban hace cientos de miles de años. Fue una práctica común tanto en Asia como en Europa, América, Australia y África. Se cree que el rojo era símbolo de vida y que el polvo de este color garantizaba al difunto la resurrección o la encarnación en el otro mundo.

Piggot, Stuart: Estudiosos que sitúa el origen de la cultura megalítica en el Egeo, desde donde se extendió a casi toda Europa.

APUNTES DE 2 DE BACHILLERATO DE RELIGIÓN Y MORAL CATÓLICA REALIZADOS POR MIGUEL ÁNGEL ORTEGA PALOP, PROFESOR DEL IES AVERROES.

Reichel-Dolmatoff, C: Antropólogo que buscó las claves de las costumbres funerarias de la Prehistoria observando los enterramientos y ritos funerarios de los indígenas kogis de la Sierra de Santa Marta, en Colombia.

Schmidt, Wilhelm: Teórico del fundamento religioso de los enterramientos paleolíticos de osos en los Alpes. Según su teoría, obedecen a la creencia de los cazadores prehistóricos en algún tipo de señor de los animales. Se contrapone así a la tesis de Karl Meuli.

Sepulcro de corredor: Tipo de estructura funeraria megalítica procedente del dolmen, al que se añadía un pasillo de losas como vestíbulo. Es característico de Europa occidental y Suecia.

Stonehenge: Enclave próximo a la ciudad de Salisbury donde se encontró el crómlech más célebre de la cultura megalítica. Está rodeado de varios túmulos funerarios.

Tell Halaf: Cultura neolítica que conocía el cobre y enterraba a sus difuntos acompañados de figurillas de arcilla, especialmente del toro sagrado y la Diosa Madre.

Toro salvaje: Deidad común a muchas culturas neolíticas, que la representaban en esculturas o pinturas que se han hallado en tumbas. Representa la virilidad. Su presencia puede cumplir el mismo objetivo que la Diosa Madre.

Túmulo: Monumento funerario, probablemente correspondiente a la última época de la cultura megalítica, que incluía cámaras y objetos en bronce y hierro. El más conocido es el de New Grange, cuyas piedras tienen labrados numerosos dibujos simbólicos.

4.5 Cronología del pensamiento trascendente en la prehistoria

-35000 a -8000

Extremo Oriente: Probable culto a la fecundidad, rituales de caza, enterramientos ceremoniales.

África: Muertos enterrados con ornamentos y tocados, y con collares de cuentas.

APUNTES DE 2 DE BACHILLERATO DE RELIGIÓN Y MORAL CATÓLICA REALIZADOS POR MIGUEL ÁNGEL ORTEGA PALOP, PROFESOR DEL IES AVERROES.

Asia Menor: Culto a animales, ritos de caza, enterramientos ceremoniales.

Mediterráneo Occidental: Culto a la fecundidad con figuras de diosas. Culto a animales y sitios totémicos. Ritos de caza y enterramientos ceremoniales.

-8000 a -5000

Asia Central: Vestigios de culto a la Diosa Madre y a los animales. Figuritas de jabalíes pinchados.

África: Quizá culto a las cabezas de los antepasados. Cultos a la Diosa Madre asociados con animales. El buitre, asociado con cultos funerarios.

Asia Menor: Cultos de caza y magia. Enterramientos con bienes personales.

Mediterráneo Occidental: Continuación de ritos de caza. Enterramientos con bienes personales.

-5000 a -3000

Extremo Oriente: Enterramientos con bienes del difunto.

Asia Central: Cultos de fecundidad asociados con la Diosa Madre en Irán y la India.

Oriente Medio: Cultos de fecundidad asociados con la Diosa Madre y los toros

Asia Menor: Cultos a la Diosa Madre. Enterramientos comunales, quizá culto a los antepasados.

Mediterráneo Occidental: Enterramientos comunales. Culto a los antepasados.

5. El culto a la mujer en la Prehistoria

Diosa lunar

Cuando el enigma de la Prehistoria con sus representaciones mudas cede el paso, con la invención de la escritura, a la historia con palabras, nos encontramos de repente frente a una constelación elaborada de creencias coherentes, mezcladas con fantásticos relatos sobre los orígenes del mundo.

Adivinamos que durante milenios, y bajo una organización social eminentemente matriarcal, el mundo se concibió como surgido de un gran huevo germinal empollado por una Gran Diosa en un océano turbulento y confuso; que unas reglas superiores imponían tempestades, diluvios y terremotos. Que el fuego de poderes sobrehumanos no podía ser en la Tierra otra cosa que el fruto de un robo tan sacrílego como precioso, perpetrado por los humanos contra los designios de la divinidad.

El hombre en lucha por sobrevivir en un entorno tan hostil se concibió a sí mismo en una dialéctica constante de sumisión y enfrentamiento con los seres superiores. Con los dioses.

5.1 ¿Culto a la fecundidad o a la mujer?

¿Existió realmente una Diosa Madre venerada por los pueblos de la Antigüedad? ¿Qué significado tenían para estos hombres las figurillas encontradas siglos después en tumbas y fosas domésticas? ¿Responden a una organización matriarcal de la sociedad?

Algunas de las numerosas estatuillas halladas en excavaciones de asentamientos mediterráneos nos remiten al Paleolítico superior. El cometido de estas figuras sigue siendo un tema de discusión para muchos arqueólogos, pues opinan que, al desconocer el contexto en que fueron producidas, las diversas interpretaciones sobre su función no dejan de ser meras hipótesis que han dado lugar, a veces, a conjeturas muy arriesgadas.

Desde hace miles de años la figura femenina ha estado vinculada a la muerte. En Egipto, por ejemplo, los sarcófagos de piedra eran denominados "vientres maternos". Asimismo, en la cuenca mediterránea los difuntos solían ser enterrados en el seno de las montañas, pues se creía que la divinidad que habitaba en ellas les ayudaba a renacer: convertidos en estrellas (las almas se elevaban hasta la constelación Orión), los traspasados guiaban las existencias de los vivos desde el firmamento. Por otro lado, muchas de las estatuillas que nos han llegado se han encontrado en sepulcros, lo que hace suponer que su misión era despertar a los muertos para conducirlos hacia su nueva vida en la tierra de los bienaventurados. Utilizadas como ornamentos, fetiches, joyas o amuletos, estas representaciones femeninas (de divinidades o de sacerdotisas) actuaban como intermediarias entre los dioses y los muertos. Así, a su belleza se unían sus poderes mágico-religiosos, ya que la fuerza que emanaba de ellas tenía un carácter protector relacionado con las creencias en el más allá.

5.2 Diosa de la abundancia

Casi todas las figurillas encontradas están desnudas y sus características físicas son muy parecidas. Tanto sus exageradas formas nutricias y sexuales como sus cabezas carentes de rasgos hacen dudar de que estemos ante representaciones realistas de la mujer paleolítica; más bien sugieren una interpretación simbólica (las formas generosas remiten a la abundancia de bienes terrenales).

Sin embargo, el significado de su desnudez evoluciona a lo largo de los siglos. En las representaciones posteriores, los rasgos femeninos se muestran tan esquematizados que

quedan reducidos a simples trazos geométricos. Estas mujeres no parecen seres de este mundo, sino apariciones celestes (algunas, incluso, adquieren la apariencia de un pájaro).

Otras funciones de estas figuras están relacionadas con el ámbito doméstico. Algunas tribus cazadoras de Asia septentrional fabricaron unas estatuillas femeninas, llamadas *dzuli*, que representaban a la abuela mítica de la tribu, de la que se suponía que descendían todos sus miembros. Situadas en los hogares, las *dzuli* protegían tanto la vivienda como a quienes habitaban en ella; por eso, como muestra de agradecimiento, cuando los hombres regresaban de sus expediciones de caza les ofrecían ofrendas. Asimismo, en la región siberiana de Mal'ta se han descubierto unas casas antiquísimas cuya planta rectangular estaba claramente dividida en dos partes: una de ellas se reservaba a los hombres y la otra, a las mujeres. Las estatuillas halladas en su interior estaban situadas precisamente en este último sector, lo que hace pensar que fueron realizadas por mujeres. Quizá formaban parte de rituales domésticos: usadas como talismanes mágicos, garantizaban el cumplimiento de un bien deseado (fertilidad, salud para la familia, buena suerte, etc.).

El cambio de una sociedad nómada cazadora a otra sedentaria agricultora otorgó protagonismo a la figura femenina. Se estableció un vínculo entre la fertilidad de la tierra y la fecundidad de la mujer: las mujeres no sólo trabajaban los cultivos, sino que se convirtieron en responsables de la abundancia de las cosechas, pues sólo ellas poseían el misterio de la creación. La vida humana empezó a asimilarse al ciclo vegetal: tras ser engendrados (la tierra pasa a transformarse en una enorme matriz), tanto los hombres como las plantas crecen y terminan regresando a las entrañas terrestres cuando mueren. Asimismo, esta evolución hizo que la sacralidad femenina cobrara mayor importancia. En el Mediterráneo Oriental (Egipto, Fenicia, Frigia y Grecia) empezaron a venerarse las diosas Isis, Cibele y Rea, consagradas a la fecundidad vegetal, animal y humana.

5.3 Diosa lunar

Además de estar estrechamente relacionada con la tierra, la sexualidad femenina guarda también una clara correspondencia con las fases lunares, lo que favoreció el nacimiento de una "Diosa Blanca" vinculada a la Luna. La literatura antigua nos ha dejado un valioso testimonio del culto a esta poderosa Diosa Madre lunar. En la obra latina *El asno de oro*, escrita por Apuleyo (125-180), se conserva un completísimo relato acerca de esta divinidad. Junto a su descripción física, se hace referencia a su poder sobre los hombres y sobre todos los cuerpos, pues aumentan o disminuyen según los ciclos lunares.

Esta diosa "soberana", que "resplandece con gran majestad", era adorada en su calidad de cultivadora, segadora y aventadora del grano. Se representaba con una larga cabellera que le cubría la espalda, una corona de flores que adornaba su cabeza y una túnica oscura "sembrada toda de unas estrellas muy resplandecientes, en medio de las cuales la Luna de quince días lanzaba rayos inflamados". Pero dejemos que la propia divinidad sea quien se presente: "Soy madre y natura de todas las cosas, señora de todos los elementos, principio y generación de los siglos, la mayor de los dioses y reina de todos los difuntos, primera y única sola de todos los dioses y diosas del cielo, que dispense con mi poder y mando las alturas resplandecientes del cielo, y las aguas saludables de la mar, y los secretos lloros del infierno. A mí, sola y una diosa, honra y sacrifica todo el mundo en muchas maneras de nombres".

Y es cierto que casi cada pueblo que la adoptó la nombró de un modo distinto: los troyanos, Pesinuntica ("madre de los dioses"); los atenienses, Minerva cecrópea; los chipriotas, Venus Pafia; los cretenses, Diana; los etíopes, arrios y egipcios, Isis; los sicilianos, Proserpina, y los eleusinos, Ceres ("madre primera de los panes"). La lista, sin embargo, parece no terminar nunca, pues también se la reconoce bajo los nombres de Juno, Bellona, Hécates, Ranusia..

6. EL POLITEÍSMO.

El **politeísmo** es un sistema religioso cuyos seguidores creen en la existencia de múltiples dioses o divinidades, normalmente organizadas en una jerarquía o panteón.

No se trata de una diferencia de nomenclatura –los distintos nombres de una deidad–, sino de diversos dioses con características individuales claramente identificables. En el politeísmo cada deidad puede ser honrada e invocada de manera individual dependiendo de los aspectos que se le atribuyan.

Una variante de politeísmo es el henoteísmo, donde una deidad ocupa un lugar de preeminencia y veneración por encima de las demás. Un ejemplo actual de religión politeísta es el hinduismo. Ejemplos históricos son las antiguas religiones egipcia, griega, romana, celta o nórdica.

En las sociedades politeístas no suele existir una teología propiamente dicha, aunque suele coexistir con sistemas filosóficos y éticos bastante complejos. Cada fuerza sobrenatural o acontecimiento trascendental (como el rayo, la muerte o el embarazo) atiende a unos mecanismos establecidos, que conforman un complejo orden cósmico muy jerarquizado, descrito mediante mitos, leyendas y obras sagradas. En el politeísmo, debido a un entramado muy consolidado de transmisión, oral o escrita, el conocimiento es acumulativo, es decir, es ampliado por la especulación de los individuos dedicados a ello (chamanes, brujos, poetas), o bien por contacto intercultural.

Se suele señalar que el politeísmo corresponde, a menudo, a sociedades igualmente jerarquizadas, con una gran demarcación en clases sociales. Ejemplos habituales se darían en el Antiguo Egipto, en la cultura clásica griega y romana o en el hinduismo. Algunas creencias politeístas sitúan además la preeminencia de un dios sobre el resto del panteón (culto

APUNTES DE 2 DE BACHILLERATO DE RELIGIÓN Y MORAL CATÓLICA REALIZADOS POR MIGUEL ÁNGEL ORTEGA PALOP, PROFESOR DEL IES AVERROES.

conocido como henoteísmo), lo que hizo creer a los antropólogos que éste sería el paso natural al monoteísmo.

El politeísmo está considerado por algunos antropólogos como una forma avanzada de religiosidad (propia de un cierto nivel de civilización), en la que las fuerzas de la naturaleza son discriminadas, separadas y seleccionadas, y, finalmente, representadas por una serie de dioses antropomórficos.

6.1 Politeísmo occidental actual.

Dentro de la cultura occidental es también posible encontrar casos actuales de politeísmo. El neopaganismo en sus diferentes variantes, como la Wicca, el Ásatrú, el neodruidismo, la Streghería, etc. reivindica el culto pagano y busca revivir el politeísmo occidental precristiano. En las Islas Canarias (España), los aborígenes canarios profesaban una mitología politeísta (ver; Mitología aborígen canaria).

7. Las religiones monoteístas

7.1 La aparición del monoteísmo

Las tres religiones monoteístas, judaísmo, cristianismo e islam, tienen cerca de 2.500 millones de creyentes, es decir, la mitad del género humano.

Existe entre las tres un claro nexo histórico y una limpia línea de continuidad doctrinal.

En el orden cronológico, el primer pueblo en profesar una religión monoteísta ha sido Israel. En un primer momento, con Abraham (hacia el siglo XIX a.C.), tal vez sólo tuvo la forma de monolatría. En la época de Moisés (hacia el siglo XIII a.C.), era ya un claro monoteísmo, cada vez más acentuado, acrisolado y purificado de contaminaciones politeístas gracias a las enseñanzas de los profetas (a partir del siglo IX a.C.). El mensaje cristiano de Jesús se declara heredero directo de esta fe monoteísta. En cuanto al islam, el Corán manifiesta en repetidas ocasiones que su doctrina sobre la divinidad es simple continuación de las doctrinas monoteístas de los judíos y cristianos.

La idea central común a estas tres grandes religiones es la afirmación de que hay un solo Dios, un solo Ser supremo, expresada en la declaración solemne: "No hay dios fuera de Dios"; "No hay otro Dios sino Alá".

De esta fe en un solo Dios se deriva el principio básico: hay un solo Creador. No existen dos principios creadores, el Bueno, origen de la luz y de las realidades positivas, y el Malo, del que procederían las tinieblas y las cualidades negativas.

Este Dios bueno es el Creador del género humano. Esta fe implica consecuencias de radical trascendencia para el código ético y las pautas de conducta de los creyentes: en cuanto creados por el único Dios, todos los hombres son esencialmente iguales. Las religiones monoteístas rechazan el racismo. No hay razas superiores, no hay hombres inferiores, todos son hermanos. La vida de cada hombre es sagrada en su misma raíz, porque todos proceden del único Dios creador.

7.2 La aparición del monoteísmo

Por qué caminos ha llegado la humanidad al concepto del monoteísmo, es decir, a la idea de la existencia de un Dios único, cuya esencia se sitúa infinitamente por encima de todos los seres

de la creación?

Se dan diversas respuestas a esta pregunta. Los antropólogos han descubierto en prácticamente todas las culturas primitivas la creencia en fuerzas o poderes invisibles, ocultos tras las realidades visibles, que se manifiestan, entre otras cosas, a través de los fenómenos de la naturaleza. Estas fuerzas pueden intervenir en la vida de los hombres. Es, por tanto, preciso aplacarlos para evitar sus castigos y dirigirles súplicas para obtener sus bendiciones (totemismo, fetichismo, animismo, politeísmo). La psicología explicaría el origen de esta creencia como lógica consecuencia de la estructura del hombre, ser finito dotado de necesidades infinitas, que diviniza cualquier cosa que parezca satisfacer sus necesidades. En un segundo paso, la historia de las religiones descubre en las altas culturas de la antigüedad múltiples intentos de organizar este universo de seres supraterranos, jerarquizarlos, fijar sus características específicas, establecer sus ámbitos de competencias y determinar sus relaciones mutuas.

Se da un tercer paso, definitivo, en esta comprensión de la divinidad cuando las altas culturas de talante racional llegan, a través del análisis lógico, a la conclusión de que en el origen de todas las cosas creadas y finitas debe haber necesariamente -si se quiere evitar el absurdo de una cadena de eslabones infinitos sin principio ni fin- un único primer principio increado e infinito, al que se aplica el nombre de Dios. El Dios de los filósofos de Pascal.

Existe una segunda hipótesis de signo contrario. Según ella, el proceso conceptual habría recorrido el camino inverso. En los primitivos grupos humanos habría imperado al principio la adoración de un solo ser supremo que sólo más adelante habría degenerado en las creencias fetichistas, animistas y politeístas. Aunque ambas teorías gozan de la misma probabilidad teórica, los testimonios de la etnología y la arqueología apoyan más la primera de ellas.

No todos los sistemas de pensamiento comparten esta especie de ascensión conceptual de la mente a Dios. Para muchos pensadores, sobre todo en el tramo de la cultura europea que se inicia con la Ilustración, la noción de Dios es una simple proyección de la mente humana, tras la que no se oculta ninguna realidad objetiva.

Para las tres grandes religiones monoteístas (judaísmo, cristianismo e islam) la respuesta es de un signo totalmente diferente: el monoteísmo llega hasta los hombres en virtud de una revelación expresa de Dios, que tuvo lugar en un lugar y un momento concretos de la historia y tuvo como destinatario un hombre concreto: el patriarca Abraham. Este Dios no es un ser abstracto, no es un concepto. Es una persona viviente, que mantiene relaciones personales vitales con todos y cada uno de los seres humanos que pueblan la tierra a través de los tiempos. El monoteísmo no es, pues, producto de la razón. Es don de la fe a través de una comunicación personal con Dios.

Debe, de todas formas, consignarse que en las tres grandes religiones monoteístas ha habido siempre filósofos de enorme capacidad intelectual (Averroes, Maimónides, Tomás de Aquino) que han desarrollado magníficos esquemas intelectuales con el propósito de tender puentes de unión y armonización entre los contenidos de la fe y las conquistas de la razón.

8. Los cultos grupales en la actualidad

8.1 Divinización del pan y circo

Sin grupo no hay religión, ni tampoco habría ética. Un ser humano aislado no necesita la religión ni la ética, ya que no debe relacionarse con sus semejantes. En un período que muchos

APUNTES DE 2 DE BACHILLERATO DE RELIGIÓN Y MORAL CATÓLICA REALIZADOS POR MIGUEL ÁNGEL ORTEGA PALOP, PROFESOR DEL IES AVERROES.

consideran laico, observamos que las grandes masas siguen congregándose alrededor de nuevos sumos sacerdotes y dioses: la televisión, el dinero, el fútbol o la música.

Dado que el fenómeno religioso es eminentemente colectivo, no es de extrañar que las nuevas formas de religión, o las nuevas caras que adopta el sentimiento ritual de siempre, se relacionen especialmente con el fenómeno del grupo.

Las reuniones de empresa o los congresos de los partidos políticos no son tan distintos de los antiguos cónclaves sacerdotales o los consejos de ancianos que regían tradicionalmente algunas comunidades.

Entre las numerosas congregaciones de masas que podemos observar y que tienen un sustrato claramente ritual, destacaremos tres: los mítines políticos, los acontecimientos deportivos y los macroconciertos.

En cuanto a los mítines, basta con observar el claro paralelismo entre el político y el sumo sacerdote. Los mítines de partido cuentan con un público completamente entregado y convencido de antemano, es decir, meros feligreses que comulgan por completo con las ideas que el sacerdote va a expresar. Es por ello por lo que un simple aumento en el tono de su voz hace que le aplaudan y vitoreen enfervorizados. Aplauden porque aplaudir forma parte del rito: estos acontecimientos políticos retrotraen a lo más oscuro e irracional de ciertos actos religiosos multitudinarios.

8.2 El deporte de masas o la vuelta de los semidioses

Podemos partir de las Olimpiadas -un acontecimiento antiguamente consagrado a los dioses griegos-, que en la actualidad se han convertido en un fenómeno ampliamente divulgado por los medios de comunicación de todo el mundo. En ellas, los atletas, que equivalen a los semidioses, compiten entre sí. Cada país respalda a sus representantes con una identificación rayana en el fanatismo, puesto que estos atletas desempeñan un papel similar al de cualquier ídolo mítico.

Pero el deporte en el que este fenómeno adquiere unas dimensiones espectaculares es el fútbol: los estadios se transforman en inmensos templos donde miles de fieles vociferan juntos, lloran, entran en trance (con los goles), se indignan y se llenan de un júbilo colectivo que durante siglos sólo proporcionó el rito religioso. Los jugadores de fútbol, en especial las grandes estrellas, son más venerados que los santos y, aunque se trata de personas normales (incluso con un carisma y nivel cultural sensiblemente inferior a la media), se convierten en

nuevos dioses o ídolos cuya sola presencia provoca histerismo y admiración entre los millones de seguidores de este deporte.

8.3 "Somos más populares que Jesucristo"

Esta frase, que escandalizó a unos, divirtió a otros y sorprendió a la mayoría, fue pronunciada en una entrevista por John Lennon, en uno de los momentos de mayor fama y éxito de su banda, The Beatles. Si recordamos que en algunas religiones de Oceanía los sacerdotes se disfrazan en los dramas culturales para tener la apariencia de los dioses, no es difícil buscar un símil en el mundo del *showbusiness*, especialmente el musical y el cinematográfico: los cientos de imitadores de Elvis Presley -no sólo cantando, sino también tratando de reproducir su físico- que hay por todo el mundo responden a esta necesidad del ser humano de parecerse a alguien a quien consideran superior.

A los occidentales nos extraña que aún existan culturas en las que algunos de sus miembros entran a menudo en trances místicos. El fenómeno de los *fans* (apócope del inglés *fanatic*, con lo que se obvian más comentarios) es tan real como los trances de otros lugares del mundo. Los gritos, lloros y ataques de histeria de las jovencitas cuando se hallan ante una celebridad que admiran con fervor ciego, convierten a estos actores y músicos en auténticos ídolos. No en vano se ha ampliado el campo semántico de esta palabra (ídolo), que originalmente se aplicaba al ámbito religioso y que hoy en día sirve para explicar la veneración que siente un sector de la población hacia ciertos personajes públicos que han ocupado claramente el lugar de los dioses en la mente de sus fieles.

Siguiendo la estela de las religiones no iconoclastas, estos ídolos están representados en pósters, camisetas y adhesivos. Incluso se les construyen verdaderos relicarios o altares a la manera de los santos cristianos o los tótems de otras religiones. Esto puede parecer exagerado, pero sólo hay que ver el lugar preferente donde los adolescentes colocan una foto dedicada de alguno de sus ídolos, para comprobar que se trata de un culto, al menos en su forma externa.

A veces ciertos estilos musicales incluyen referencias, a menudo clarísimas, a cultos sectarios, especialmente el satanismo. La primera referencia de la música popular del siglo XX al Diablo son los blues compuestos por músicos negros de las primeras décadas del siglo. Siempre desde el punto de vista de la leyenda -por tanto, uno de los cauces de toda visión mítica-, se dice que Robert Johnson, el primero de los *bluesman* que obtuvo fama mundial, aprendió a tocar la guitarra gracias a un pacto que hizo con el mismísimo Mefistófeles.

A menudo el Diablo no es realmente receptor de culto, sino una excusa temática, como en la excelente canción de The Rolling Stones *Sympathy for the Devil* (casi siempre mal traducida como "simpatía por el Diablo", cuando la traducción correcta es "compasión por el Diablo"). Pero también hay grupos que han hecho del culto a Satán un concepto indisoluble de su música: el caso más conocido es el de la longeva banda británica Black Sabbath, cuya discografía está poblada de títulos tan sugerentes como *Seventh Star*, *Heaven and Hell* o *Born again* (referencia esta última, al nacimiento del Anticristo) que siempre están relacionados con el ocultismo y lo satánico. Una prueba más de cómo los conceptos rituales y el fenómeno de la música popular pueden ir ligados.

8.4 Entre ayer y lo futuro

El nuevo interés por el folclore parte de un compromiso cultural para salvaguardar las tradiciones, pero también sirve para recuperar el equilibrio que los hábitos de una sociedad mecanizada han desestabilizado.

Tras muchos siglos de cambio económico-social, las sociedades rurales han quedado a menudo como un pequeño reducto, pero eso no significa que el folclore desaparezca en su esencia. Simplemente cambia muchas de sus caras. Los aspectos cíclicos de carácter ecológico del campo fueron sincretizados por la religión, pero la superposición de una sociedad urbana con sus ritmos de consumo, las vacaciones preestablecidas o el ritmo frenético de trabajo han creado unas condiciones sociales proclives a añadir un nuevo sincretismo sobre el que ya existía: un cambio continuo de la forma sin alterar el contenido. Las festividades que se pierden en la noche de los tiempos se siguen celebrando de una u otra manera, y ni el cristianismo ni la laicización han conseguido impedirlo.

8.5 Una idealización del folclore

Se ha detectado un retorno a algunos elementos del folclore en una sociedad que se caracteriza por todo lo contrario. Parece la respuesta de un sector de la población que, harto de la mecanización y del exceso de control a que se someten sus mentes, decide tomarse un respiro. Mitificando el mundo de sus abuelos, tratan de volver a él en lo que pueden, con medicamentos naturales, productos ecológicos, retorno al medio rural y, en definitiva, una búsqueda de la sabiduría casi extinta que el progreso desbocado ha enterrado casi por completo.

La búsqueda de la fecundidad es uno de los parámetros que relacionan la religiosidad con el folclore. Casi todas las creencias basan parte de sus ritos más importantes en este concepto. Las opulentas Venus prerromanas son un ejemplo claro. Los romanos celebraban

las *Lupercalia* (antepasadas de nuestro Carnaval), en las que los *luparcos* recorrían la ciudad medio desnudos, azotando con unos látigos hechos de tiras de piel de cabra a los hombres y mujeres que deseaban descendencia, con la intención de hacerlos fecundos. Aún hoy en día el Carnaval es una fiesta muy proclive al juego sexual, facilitado por los disfraces y la sensación de libertad que rezuma la noche, lo cual tiene su origen en un deseo de fecundidad. A este respecto, es curioso el origen pagano de la costumbre de los huevos de Pascua. Antes de la habitual cristianización de su contenido, era la fiesta por excelencia de la primavera y en ella las familias ingerían una gran cantidad de huevos para almorzar: un solo miembro podía comer entre media y una docena. Esta costumbre se ha mantenido, aunque hoy los huevos son de chocolate y se adornan con mil adaptaciones a personajes popularizados por los medios de comunicación para atraer a los niños. Esta tradición obedecía a razones de cohesión familiar - en algunos países es el padrino quien regala los huevos a sus ahijados o el tío a sus sobrinos- y, en una mirada aún más lejana, a cuestiones relacionadas con la fecundidad: el huevo siempre ha sido símbolo de fertilidad. El componente alegórico adquirió mayor fuerza con la llegada del cristianismo, ya que la Cuaresma era un período especialmente caracterizado por la abstinencia y la represión sexual, por lo que la Pascua abría un ciclo liberador y dedicado al intercambio sexual y, por tanto, a los ritos de fertilidad.

8.6 El folclore como foco de resistencia a lo oficial

El folclore siempre ha tenido un componente subversivo, de resistencia al culto oficial. En el caso del catolicismo, recordemos la llamada *Fiesta de los locos* que se celebraba en toda Europa hasta el siglo XVI (tras muchos intentos de persecución por parte de las autoridades), y en la que actores improvisados parodiaban los rituales cristianos para gran regocijo de los viandantes. También es reseñable la antipatía que el pueblo ha profesado a la Cuaresma (fiesta oficial cristiana y paradigma de recogimiento y culpabilidad) y las simpatías que ha despertado siempre el Carnaval, fiesta de origen pagano y folclórico, que en las diversas formas con que se ha revestido en la tradición popular muestra de modo inequívoco las tensiones generadas por esta ambigüedad; tensiones que son referencia permanente de otra tensión mucho más profunda, aquella en la que se debate desde lo más remoto de los tiempos la condición humana, a menudo incluso escindida entre lo profano y lo religioso, entre lo inmediato y lo trascendente, como queda reflejado en estos versos de la tradición catalana:

Carnestoltes quinze voltes / Nadal de mes en mes

Cada dia fossin festes / Cuaresma mai vingués

(Carnaval quince veces y Navidad cada mes

Hubiese fiesta diaria y la Cuaresma nunca viniese.

Por más que se esfuerce el dogma católico, es evidente que el pueblo siempre preferirá el Carnaval a la Cuaresma. La abstinencia y la austeridad no son lógicas en ningún folclore, a

menos que sean inevitables por razones circunstanciales. El folclore siempre tiene un elemento vitalista y epicúreo, cosa que no puede decirse de las religiones.

En ocasiones, lo popular se acaba imponiendo a la norma religiosa imperante, incluso sin que haya sustrato cultural; es decir, en una fiesta impuesta por la religión el folclore introduce sus modificaciones y la adapta al sentir popular. Es el caso del Corpus. Esta festividad fue establecida por el papa Urbano IV en el año 1264 para conmemorar el misterio del cuerpo de Cristo sacramentado. Al cabo de poco tiempo, la fiesta enraizó fuertemente en las clases populares que acudían a las procesiones de este rito e iban añadiendo elementos como pequeñas representaciones teatrales o comparsas, para modelar la fiesta a su antojo: el resultado es una celebración con muchos elementos de origen profano, que Urbano IV nunca hubiera podido imaginar.

Y es que cada folclore reinterpreta el dogma de la manera más adecuada a las características de la zona y del pueblo que la habita. Esta maleabilidad ya la detectó Xenófanes de Colofón en el siglo VI a.C: "Los etíopes dicen que sus dioses son chatos y negros; los tracios, que los suyos tienen el pelo rojo y ojos claros. Si el ganado o los caballos tuvieran manos y pudiesen dibujar, representarían a sus dioses como ganado o caballos...".

Muchos siglos más tarde podemos constatar que todas las sociedades adaptan los modelos religiosos y que el caso de las festividades de origen mixto (folclórico-religioso) no es una excepción. El signo de los tiempos prevalece y, en el capitalismo más agresivo, el dios común (el dinero) pone un sello en todas las actividades. Navidad, Pascua, Carnaval, Corpus y el resto de celebraciones funcionan gracias al esfuerzo conjunto de las empresas y los medios de comunicación en buscar una excusa para conseguir el fin último que parece marcar el pensamiento del ser humano industrializado medio: comprar, vender, comprar, vender.

TEMA 2. Plan salvador de Dios.

OBJETIVOS.

1. Reconocer la **experiencia de fe** que llevó a Israel a descubrir las intervenciones de Dios en su historia.
2. Conocer cómo la **revelación de Dios** se fue poniendo por escrito bajo su divina inspiración.
3. Contemplar la historia bíblica como un largo **camino hacia la libertad**, siguiendo sus distintas etapas.
4. Reconocer cómo esta historia **desemboca en Jesucristo**, en quien se realizan las promesas de salvación.
5. Conocer cómo el **mensaje de Jesús** se fue poniendo por escrito, dando lugar al Nuevo Testamento.

UNA HISTORIA DE SALVACIÓN.

Promesa de salvación.

La historia de la salvación tiene como trasfondo el pecado original. A raíz de la caída de Adán y Eva, Dios promete salvarnos (Gn 3,15). Pero “Dios no salva al hombre sin el hombre”; Él quiere que libremente colaboremos. Dios respeta nuestra libertad: nos ha creado libres y somos libres para colaborar con Él y para salvarnos.

Frente a una historia llena de ingratitud y desamor, envidia y violencia, corrupción y maldad, soberbia y ambición. Dios proyecta una historia de salvación, actuando a través de las personas que hacen el bien, luchan por la libertad, trabajan por la justicia, aman la verdad.

Pero, ¿cómo reconoce Israel las actuaciones de Dios en su historia? A través de la experiencia de fe viva y razonada. Si Dios nos ha creado para ser libres, amar y ser felices, entonces podemos descubrir la acción de Dios como esa fuerza que conduce a la plena realización del ser humano; a la libertad, al amor, a la felicidad. Así lo experimentó Israel a lo largo de su historia.

Dios está al lado de los justos: Abel, Noé, Abraham, Moisés... y los profetas. A través de ellos Dios libera a su pueblo y lo conduce hacia la salvación. La historia bíblica de la salvación tiene dos niveles: el de los hechos reales y el del significado religioso. El significado está oculto en los hechos, pero el autor sagrado lo revela al relatar los hechos.

¿Y por qué está limitada la acción de Dios en la historia de Israel? En realidad, Dios actúa en la historia de todos los pueblos y de todas las personas. Pero Dios se ha manifestado de un modo especial en la historia de Israel, preparando la venida de Jesucristo en quien se cumple su promesa de salvación.

La Biblia, libro inspirado por Dios.

La historia de la salvación está relatada en la Biblia. Ella contiene la revelación de Dios, escrita bajo la inspiración del Espíritu divino. No es lo mismo revelación que inspiración. **Revelación** es la manifestación de Dios que, en su bondad y sabiduría, se ha comunicado a los seres humanos, a través de palabras y hechos íntimamente trabados entre sí.

La inspiración es un carisma o don especial de Dios a algunas personas, para que transmitan fielmente, por escrito, lo que Dios ha revelado para nuestra salvación. Ya Santo Tomás de Aquino decía que Dios podía inspirar a una persona para que pusiera por escrito algo que había revelado a otra.

Por esta inspiración divina la Biblia es “palabra de Dios”. ¿Significa esto que la Biblia no puede equivocarse? “Los libros de la Sagrada Escritura enseñan con firmeza, **con fidelidad y sin error** la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para nuestra salvación” (Concilio Vaticano OO: Dei Verbum). Solo la verdad que afecta a nuestra salvación está libre de error.

La Biblia es también “palabra de hombres” (autores bíblicos), es decir, “palabra de Dios en palabras de hombres”. Estos han transmitido la verdad revelada sirviéndose de los conocimientos y la cultura de una época que ya ha podido quedar superada; también pudieron tomar datos inexactos o inventados, utilizando algún género literario.

“En algunos casos es difícil distinguir entre lo que pertenece al contenido auténtico de la revelación divina y lo que es solo una concepción condicionada por el tiempo en que fue redactado el texto bíblico. Solo el primer aspecto es el que se refiere a la intención reveladora de Dios y el que, por tanto, debe considerarse libre de error”.

Para conocer la verdad revelada es necesario distinguirla de las formas culturales en que viene envuelta. A ello ayuda la crítica histórica-literaria: análisis de los textos, comparación, contextualización, estudio de las características de la época, género literario, sentido del texto, etc. Todo ello supone conocer bien los libros de la Biblia y su proceso de formación.

Proceso de formación del Antiguo Testamento.

El Antiguo Testamento nos relata la historia del pueblo de Israel. Pero esta historia no se escribió a medida que sucedían los hechos, sino mucho después.

En un principio los padres transmitían a los hijos el significado de sus fiestas, ritos, costumbres y normas, el recuerdo de los hechos más importantes y de los personajes más celebres. Con el tiempo, a estas tradiciones orales se iban añadiendo nuevos significados, algunos hechos se olvidaban y otros se agrandaban para resaltar su importancia.

Estas tradiciones orales empezaron poco a poco a ponerse por escrito. Durante los reinados de David y Salomón (a partir del año 1.000 a:C), según las primeras tradiciones escritas:

- **Tradición yahvista (siglo IX):** llama a Dios Yahvé y lo describe como un Dios cercano, sirviéndose de narraciones llenas de imágenes y maravillas: paraísos, diluvio, patriarcas, éxodo...
- **Tradición elohista (Siglo VIII):** trata los mismos temas, pero los elabora en torno a la alianza e insiste en el respeto y temor a Elohim, Dios inaccesible, terrible.

- **Tradición deuteronomica (Siblo VII):** recuerda el pasado de Israel y exhorta en un lenguaje muy vivo, propio de predicadores, a ser fieles a la alianza con Dios y a cumplir su ley (de aquí el nombre deuteronomio, que significa “segunda ley”).
- **Tradición sacerdotal, escrita durante el exilio (Siglo VI):** recoge leyes y costumbres referidas al culto: himno de la creación, código sacerdotal, ceremonias litúrgicas, genealogías, alianza.

En el Siglo V, Esdras reunió las cuatro tradiciones y redactó el libro de la Ley o **Pentateuco**, compuesto por Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.

Enlazando con el libro y el espíritu del Deuteronomio, aparece a finales del siglo VII la **historia deuteronomica**, compuesta por los libros de Josué, Jueces, Rut, 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes.

A finales de la época persa (400-350 a.C) aparece la **historia cronista**, compuesta por 1 y 2 Crónicas, Esdras y Nehemías. Es obra de una persona profundamente religiosa, que trata de superar la situación de insignificancia política de Israel resaltando las figuras de David y Salomón y, en general, el pasado de Judá. A estos libros se unieron después Tobías, Judit, Ester, 1 y 2 Macabeos.

A partir del siglo VIII a. C, en plena decadencia monárquica, surgen **profetas** que denuncian los crímenes, corrupciones, injusticias, idolatría y anuncian el camino que conduce a la salvación: Amós, Oseas, Isaías I, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías y Jeremías predicán antes del exilio. Ezequiel e Isaías II predicán durante el exilio (587-538 a.C). Ageo, Malaquías, Joel, Isaías III, Jonás, Zacarías II y Daniel predicán después del exilio.

Cuando la voz de los profetas se va apagando, toma el relevo la palabra de la Sabiduría. Durante la dominación persa (538-333 a.C) y griega (333-63 a.C) aparecen varios **libros poéticos y sapienciales**: Proverbios, Job, Salmos, Cantar de los Cantares, Eclesiastés, Eclesiástico y Sabiduría. Algunos de estos libros ya venían inspirando mucho antes la vida de los creyentes (Proverbios) o animando el culto (Salmos). Pero ahora reciben su redacción definitiva.

Clasificación de los libros del Antiguo Testamento:

Los Judíos de Palestina acogieron en su Biblia hebrea los libros cuya autoridad nadie discutía, clasificados en Ley (Torá), Profetas (Nebiim) y Escritos (Ketubim). Rechazaron los libros redactados o conservados solo en Griego: TOBías, Judit, 1 y 2 Macabeos, Sabiduría, Eclesiástico, Baruc y las secciones griegas de Daniel y Ester.

Los judíos de Alejandría, que no conocían hebreo, pidieron a setenta sabios que tradujeran la Biblia al griego. Esta Biblia griega, o de los LXX, incluyó también los libros escritos en griego. Cuando la Iglesia se separó del Judaísmo (año 50 d.C), acogió la Biblia de los LXX, que ya había empleado en sus predicaciones, pero distinguiendo entre libros protocanónicos (los primeros del canon, escritos en hebreo) y

deuterocanónicos (los segundos del canon, escritos en griego). En el siglo XVI, los protestantes acogieron el Antiguo Testamento en la versión hebrea, excluyendo los libros que los católicos llaman deuterocanónicos. En la versión griega o Biblia de los LXX, los libros están clasificados según los grandes géneros literarios:

- **Pentateuco:** Incluye los cinco primeros libros de la Biblia, también se llaman libros de la Ley, pues contienen las leyes y normas dadas por Moisés; aunque también contienen otros géneros literarios: himnos, relatos, historias épicas, narraciones etiológicas (que intentan esclarecer el significado de una situación presente buscando su causa, origen o sentido profundo), etc.
- **Libros históricos:** Forman un conjunto de 16 libros y muy diversos, pero con un rasgo común: todos ellos se refieren a la historia de Israel, desde Josué (Siglo XII) hasta Macabeos (Siglo II a.C). Por su forma exterior se trata de libros históricos, pero la intención de sus autores no es escribir la historia con detalle y precisión, sino sacar una enseñanza religiosa; por ello, algunos prefieren llamarlos narrativos; los judíos los incluyen entre los proféticos.
- **Libros poético-sapienciales:** Son 7 libros, de los cuales dos pertenecen al género lírico: Salmos y Cantar de los Cantares, que emplean formas muy bellas de dicción, imágenes sugestivas, metáforas, alegorías, etc.; y los otros cinco pertenecen al género sapiencial, un género muy extendido en la literatura oriental antigua; en ellos sus autores plasman sabias reflexiones sobre temas trascendentales.
- **Libros proféticos:** 18 escritos que recogen las palabras de los profetas; estos son mensajeros que hablan en nombre de Dios, advirtiendo, llamando a la conversión, prometiendo la salvación... También hay himnos, narraciones, oraciones, pero sus formas de expresión son los oráculos o declaraciones en nombre de Dios, las visiones o experiencias íntimas acerca de los designios de Dios y el apocalipsis o revelación del futuro en función de la situación presente.

Etapas de la historia bíblica.

- En el Siglo XIX a.C hubo un fuerte movimiento migratorio por el Medio Oriente, concretamente en torno a la llamada "Media Luna Fértil". Aquí hay que situar a **Abraham, Isaac y Jacob**, pastores nómadas que iban con sus ganados de un lugar a otro. El autor bíblico dirá de ellos que eran **peregrinos en busca de la tierra prometida**. Historia escrita en libro del Génesis 12-30 no es una historia científicamente rigurosa, sino una especie de saga familiar que iba transmitiéndose de padres a hijos y que fue escrita con un sentido profundamente religioso, atribuyendo a Dios lo más importante y trascendental.
- El EXODO nace huyendo del hambre que asolaba la tierra de Canaán, los descendientes de Jacob se establecieron en Egipto. Vivieron prósperamente aprovechando el dominio de los faraones hicsos, que eran de su misma raza. Pero hubo un cambio de dinastía y fueron obligados a trabajar como esclavos en la construcción de ciudades-granero (S.XIII).

Surge **Moisés** y los libera, sacándoles de Egipto y conduciéndoles por el desierto hacia Canaán. El pueblo ve en esta liberación la mano de Dios y cuenta esta historia como una **hazaña de Dios**. Esta historia se relata en los libros del Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.

- En el Siglo XII los israelitas conquistan Canaán, **la tierra prometida**, guiados por Josué, sucesor de Moisés. Después reparte el territorio entre las 12 tribus, que forman una confederación o alianza. Durante dos siglos esta confederación estuvo regida por **jueces** o líderes carismáticos. Débora, Sansón, Samuel.... Esta historia viene relatada en dos libros: Josué y Jueces. Ambos la interpretan en clave religiosa.
- Durante la época de los Jueces se perfilaron las fronteras de Israel, pero detrás de las fronteras estaban los pueblos enemigos que hostigaban constantemente a las tribus israelitas, estas sintieron la necesidad de unirse políticamente y formar una unidad nacional: para ello necesitaban a un hombre fuerte, y **rey (La Monarquía)** reconocido por todas las tribus. Fue elegido **Saul** (1.030-1.010), pero el verdadero artífice del reino de Israel fue **David** (1.010-970), que llevó a Israel a la cumbre de su esplendor. A David le sucedió su hijo **Salomón** (970-932), que tuvo un reinado con claroscuros. Esta historia viene en los libros 1 y 2 Samuel y 1 Reyes 1-11; también en 1 Crónicas 1-9. Destacando la **promesa mesiánica a David**: “De tu descendencia saldrá el Mesías que rija los destinos de mi pueblo: yo seré para él padre y él será para mí hijo” (2 Sam 6).
- Al morir Salomón, **el reino se dividió**: Israel al norte y Judá al sur. Con la división surge la rivalidad entre ambos reinos. Los profetas **Oseas y Amós** en Israel e **Isaías y Jeremías** en Judá advierten la falsedad e inconveniencias de las alianzas de estos reinos con otras potencias para enfrentarse una contra otra y presagian un desastre, como así fue: el año 721 Israel es destruido por los Asirios y sus habitantes deportados a Nínive. En el año 587 Judá es arrasado y muchos judíos son deportados a Babilonia, donde el profeta **Ezequiel y un discípulo de Isaías**, así como un grupo de sacerdotes, consuelan y animan a los cautivos para que no pierdan las esperanzas. Aquí los profetas meditan a la luz de la fe sobre los acontecimientos y descubren un nuevo sentido y una **nueva visión de la historia**.
- Con **Ciro**, rey de Persia se produce el **retorno y la restauración**. Ciro se apoderó de Babilonia (538 a.C) y dio libertad a los judíos para volver a su tierra, que quedaba bajo la dominación persa. La restauración de su patria se hizo dirigida por los últimos profetas: –**Nehemías**- en lo político y –**Esdrás**- en lo espiritual. Esta historia se encuentra reflejada en los libros de Esdrás y Nehemías, que ponen de relieve la **fidelidad de Dios a sus promesas**.
- En el año 333, **Alejandro Magno** vence a los Persas, quedando los judíos bajo la dominación griega. Al principio convivieron, pero luego hubo una brutal represión que dio lugar a la llamada **guerra macabea**. Esta historia aparece en 1 y 2 Macabeos, Ester y Judit. También el profeta **Daniel** se hace eco de esta situación.

- Tras la victoria de **Judas Macabeo** los judíos vivieron 80 años de relativa independencia, hasta que en el año 63 el general romano Pompeyo se apoderó de Palestina, convirtiéndola en provincia Romana. En el año 40 Roma nombró rey de Palestina a Herodes el Grande, bajo cuyo reinado nació Jesús de Nazaret.

LA SALVACIÓN REALIZADA EN JESUCRISTO.

Concepto de Salvación Cristiana.

En la época moderna, la oferta cristiana de salvación fue cayendo en descrédito al ser interpretada solo como “salvación del alma” o “salvación para la otra vida”. Su lugar lo fue ocupando la fe en la salvación que ofrecía el progreso con la ciencia y con la técnica.

Pero la fe en el progreso también ha quebrado ante la frustración de las esperanzas que suscitó y los males que ha provocado: destrucción del medio ambiente, conflicto Norte/sur, agotamiento de materias primas, desempleo, estallidos de violencia, amenaza de catástrofe nuclear.

Ante esta situación es necesario recuperar el **genuino sentido cristiano de salvación**, que no afecta solo al alma, sino a toda la persona, y que no es solo para la otra vida sino también para ésta. La salvación cristiana afecta también a la ciencia y a la técnica, orientándolas hacia un progreso integral, más humano y más justo, que tenga en cuenta al Tercer y Cuarto mundo, respete el equilibrio ecológico y la armonía y belleza de la creación, la grandeza y dignidad de la vida humana, la paz y la libertad.

La salvación ofrecida por Jesús.

Durante el exilio, los profetas anunciaron que el Mesías sería pobre, humilde y sencillo, que sería luz para los ciegos, libertad para los cautivos, pan para los hambrientos, feliz noticia para los pobres... Pero muchos judíos siguieron soñando con un Mesías poderoso y dominador, un rey capaz de vencer a los romanos y devolver la libertad política a Israel.

Jesús rechaza el mesianismo político y se acoge al **mesianismo profético**, presentándose como una persona pobre, humilde y sencilla. Él se aplica las palabras del profeta Isaías, 61, 1-2: **“El espíritu de Dios está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres. Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19).**

El primer paso para la salvación cristiana es la **solidaridad e identificación con los más necesitados**. Este espíritu solidario capacita para luchar contra el verdadero mal: el egoísmo, la soberbia, el afán de poderío, riqueza y dominación; capacita para luchar contra el pecado que tiene sus raíces en la naturaleza humana y se manifiesta

en el dolor de la pobreza, del hambre, de la marginación, opresión, violencia, enfermedad, muerte.

Jesús ofrece la salvación a todos, sin distinción de raza o condición, pero ve cómo su mensaje es acogido por los pobres, pecadores y marginados, mientras que los ricos y acomodados, los que se tenían por buenos y justos generalmente lo rechazan. Al contacto con Jesús, los pecadores se ven libres de sus pecados: Zaqueo es liberado de su egoísmo, María Magdalena es liberada del vicio, la mujer adúltera es perdonada; incluso los mismos discípulos, que al principio buscaban los primeros puestos para mandar y figurar, aprenden de Jesús a ser serviciales.

Con este espíritu solidario Jesús sale al encuentro de todos los que sufren: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré” (Mt 11,28): Acoge a los marginados, cura a los enfermos, perdona a los pecadores. Proclama dichosos a los pobres, a los que lloran, a los que aman la justicia, a los solidarios, a los limpios de corazón, a los que trabajan por la paz y a los que padecen persecución por causa de la justicia (Mt 5,3-10).

Jesús denuncia a los ricos que se distancian de los pobres y los desprecian; denuncia a los poderosos que atemorizan y marginan a los débiles; denuncia a los escribas y fariseos que abruman y oprimen al pueblo; a los sacerdotes saduceos que han hecho de la religión un negocio y del templo una cueva de ladrones; denuncia a los que causan el sufrimiento y se ríen mientras otros lloran o se hartan mientras otros pasan hambre: “¡Ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros los que ahora estáis saciados, porque vais a pasar hambre! ¡Ay de los que ahora reís, porque vais a lamentaros y llorar! (Lc 6,24-25).

EL MENSAJE DE JESÚS.

El Nuevo Testamento.

El mensaje de Jesús está contenido en el Nuevo Testamento y en la tradición viva de la Iglesia, que comenzó con la **persona histórica de Jesús**, con su obra personal. ¿Cuál fue esta obra?

Cuando un personaje famoso muere, los reporteros suelen recoger datos sobre su vida y escriben su biografía. Pero este no fue el caso de Jesús. No poseemos ningún escrito suyo, ni sus discípulos iban escribiendo lo que Jesús hacía o decía. Jesús anunciaba su mensaje en vivo, y en vivo lo recibían quienes se acercaban a Él.

El mensaje de Jesús quedó profundamente grabado en la vida de sus discípulos. Cuando estos se ponen a predicar a raíz de la resurrección, no poseen ningún texto, solo una certeza: “Dios ha resucitado a Jesús”.

Los apóstoles anuncian en vivo a Jesús: proclaman su muerte y resurrección y enseñan lo que han visto y oído, pero no de un modo ordenado siguiendo paso a paso la vida de Jesús. Estas **predicaciones apostólicas** se adaptan a las diferentes situaciones, necesidades y mentalidades de los oyentes, que se fueron integrando en comunidades.

A través de las predicaciones apostólicas, el mensaje de Jesús se fue plasmando en la vida de las comunidades cristianas, que instruían su fe en la **catequesis**, la confesaban en **los credos**, la proclamaban con **himnos**, la celebraban en el **culto**, la alimentaban con la **oración**, la recreaban en la **vida cristiana**. Para que todos pudieran expresar su fe en comunidad fue necesario poner por escrito los himnos, credos, oraciones, hechos y palabras de Jesús. Así surgieron las **tradiciones escritas**, que luego fueron recogidas en los libros que hoy componen el Nuevo Testamento.

Evangelios.

A medida que transcurrían los años, aumentaba el número de creyentes que no habían conocido a Jesús, mientras que los testigos oculares se iban haciendo mayores y morían. Por otro lado, junto a las tradiciones apostólicas fueron surgiendo otras tradiciones anónimas y evangelios apócrifos, sin fundamento histórico. Ante esta situación se hizo necesario ordenar y fijar por escrito las tradiciones apostólicas sobre Jesús, para que los nuevos creyentes conocieran la solidez de las enseñanzas recibidas. Así nacieron los cuatro evangelios.

Hacia el año 65, **Marcos** escribe su evangelio basándose principalmente en las predicaciones de Pedro e insistiendo en los hechos de Jesús. Los destinatarios directos de su evangelio eran los cristianos procedentes del paganismo, que tenían una imagen de Jesús más mítica que real. Por ello, para acentuar la dimensión histórica de Jesús, Marcos insiste en los hechos, describiéndolos con gran viveza y colorido.

Algo después del año 70, **Mateo** escribe su evangelio basándose en el de Marcos y en la llamada “fuente Q”, que contenía “palabras de Jesús”. Mateo escribe para cristianos procedentes del judaísmo. Por eso cita tanto el Antiguo Testamento, haciendo ver que en Jesús se cumplen las Escrituras y que la Iglesia es el nuevo Israel, el nuevo pueblo de Dios.

Hacia el año 80, **Lucas** escribe su evangelio, basándose –como Mateo– en la “fuente Q” y en Marcos. Sus destinatarios son cristianos con mentalidad griega, que tienen una visión más amplia del mundo. Lucas presenta a Cristo como centro de la historia: el tiempo de Israel ha pasado, en Cristo se cumplen las promesas y se inicia el tiempo de la Iglesia. Lucas insiste en el aspecto social y da a su evangelio una dimensión universal.

Hacia el año 95, **Juan** escribe su evangelio, destinado a cristianos griegos con una cultura místico-filosófica llamada “gnosis”, que se basaba en el conocimiento intuitivo y especulativo de la divinidad. EL evangelista se presenta como testigo ocular de todo lo que ha escrito. Por tanto, su fuente principal es la experiencia de fe que le capacita para descubrir el significado profundo de Jesús y expresarlo por medio de símbolos, imágenes, metáforas y alegorías, elementos que caracterizan su evangelio.

Hechos de los Apóstoles.

Este libro es una continuación del Evangelio de Lucas, que se presenta a sí mismo como **testigo de los hechos** que relata. Por sus páginas desfilan los personajes más relevantes de la Iglesia Primitiva: Pedro, Santiago y Juan; Felipe y Esteban; Pablo y Bernabé; Marcos, Timoteo, etc. Pero el libro gira en torno a dos apóstoles: La primera parte en torno a Pedro; la segunda, en torno a Pablo.

Cartas Paulinas.

Pablo nació entre los años 5-10 d.C. en una familia judía en la ciudad de Tarso. Siendo aún muy joven fue enviado a Jerusalén para estudiar la ley Judía y la interpretación de las Escrituras con el famoso rabino Gamaliel. Defensor acérrimo de la religión judía, persiguió con saña a los cristianos, a los que consideraba traidores al judaísmo. Cuando iba camino de Damasco con poderes para perseguir a los cristianos de esa ciudad, tuvo una insólita experiencia religiosa, convirtiéndose al cristianismo. Más tarde se sintió llamado a predicar entre los gentiles y emprendió varios viajes, en los que fundó comunidades cristianas. Escribió varias **cartas a las comunidades** y a algunos personajes. El canon del Nuevo Testamento conserva 14 de esas cartas, conocidas por el nombre de sus destinatarios.

Cartas apostólicas.

Así llamadas por estar dirigidas a toda la cristiandad. Son siete, conocidas por los nombres de los apóstoles que las escribieron o a quienes se les atribuyen: *Santiago; 1, 2 y 3 Juan; 1 y 2 Pedro, Judas.*

Apocalipsis.

Último libro del Nuevo Testamento, fue atribuido en el siglo II al apóstol **Juan**, aunque pudo escribirlo un discípulo suyo. El libro refleja la situación crítica por la que estaban pasando las siete iglesias o comunidades cristianas del Asia Menor ante la terrible persecución que sufrieron bajo el reinado de Domiciano (81-96 d.C). Ante esta situación, el Apocalipsis revela un mundo totalmente distinto. No se trata de visiones

puramente fantásticas, sino de **interpretaciones simbólicas** de la realidad vista a la luz de la manifestación definitiva de Dios.

Mensaje central: El reino de Dios.

Los evangelistas Mateo y Lucas comienzan sus evangelios revelando el origen divino de Jesús. Los relatos sobre el **nacimiento e infancia de Jesús** se encuadran dentro de un género literario de tipo didáctico, llamado **midrash**, utilizado ya en el Antiguo Testamento para describir el nacimiento de personajes célebres como Moisés o Samuel. “Este género literario, más que destacar la historicidad de los hechos por sí misma, destaca su significado, es decir, la enseñanza que a través de ellos se quiere dar”.

Después de unos treinta años de vida oculta (Lc 3,23), Jesús aparece en el Jordán, donde **es bautizado** por Juan el Bautista (Mc 1,9; Mt 3,13; Lc 3,21; Jn 1,29), luego se retira al desierto (Mc 1,12; Mt 4,1; Lc 4,1) y comienza a predicar en Galilea (Mc 1,14; Mt 4,12; Lc 4,14), **anunciando el reino de Dios**. La expresión “reino de Dios” aparece 122 veces en los evangelios; constituye, pues, el núcleo central del mensaje de Jesús.

Cuando Jesús habla del reino de Dios a la gente de un modo figurado, empleando **parábolas** e imágenes: “El reino de Dios es como una semilla, como un grano de mostaza, como un tesoro escondido...”. Para hacer ver que el reino de Dios ya ha comenzado, remite a sus **obras**: los ciegos ven, los sordos oyen, los mudos hablan, los parálíticos andan, los enfermos sanan y los muertos resucitan. Los **milagros** no se presentan como pruebas de la divinidad de Jesús ni eran interpretados como una interrupción de la Ley Natural (entonces no conocían más leyes que la voluntad de Dios), sino como signos extraordinarios que evocan la acción de Dios. Los milagros de Jesús son signos de que el reino de Dios ya ha llegado.

Pero, ¿cómo es el reino que anuncia Jesús? ¿Espiritual o político? ¿Celestial o terreno? ¿Nacionalista o universal?

- **Reino universal.** Pertenece a la totalidad de este mundo: material, espiritual, cultural, social. No está vinculado a un lugar o territorio, sino que es un **nuevo orden de cosas**.
- **Reino que ya ha comenzado y no tendrá fin.** No es solo un reino celestial, sino un reino que ya está entre nosotros. Tiene dos dimensiones: presente y futura. Se manifestará cuando el mal haya pasado (Mt 19,28), los sufrimientos hayan desaparecido (Mt 11,15), ya no existan lágrimas ni el luto (Mc 2,19), los muertos resuciten (Mc 2,19) y la muerte sea definitivamente vencida (Lc 20,26).
- **Reino que está en el mundo pero que no es de este mundo.** Jesús no luchó por el poder ni perteneció a ningún grupo establecido en el poder ni a ningún movimiento guerrillero, ni se dejó proclamar rey de este mundo;

al contrario, Jesús luchó por cambiar el mundo, transformando el sistema de valores: no buscar los primeros puestos, ni destacar sobre los demás: los últimos serán los primeros; no luchar por el poder ni usar el saber para humillar: los humildes serán los sabios; no dejarse llevar por el afán de dinero o la codicia sino buscar siempre el reino de Dios y su justicia, sabiendo que lo demás vendrá por añadidura.

- **Un reino regido por la ley del amor.** En el reino de Dios no tienen cabida los déspotas, tiranos opresores, ni tampoco los que se dejan esclavizar, tiranizar y oprimir. El reino de Dios supone un **cambio de relaciones** basadas no en el poder sino en el amor; pero el amor solo existe entre iguales o hace iguales a los que se aman. Cuando dos personas se quieren, la una no oprime a la otra, ni la coacciona, ni la hace daño; al contrario, el amor tiende a unirlos y a igualarlos, libera de la ambición y del egoísmo, el amor es la única fuerza capaz de vencer al enemigo convirtiéndolo en amigo.
- **Un reino que sufre violencia.** El reino de Dios no se impone con las armas o con la violencia; al contrario, el que quiere entrar en el Reino de Dios tiene que **hacerse violencia** para no dejarse llevar por ella, tiene que dominar el odio, egoísmo, afán de poder, de tener, de figurar. El que lucha por el reino de Dios tiene que enfrentarse con un mundo que ejerce violencia, que trata de imponer la ley del más fuerte, que provoca el odio y agresividad, pero sin dejarse llevar por estas provocaciones.

TEMA 3. La Moral Cristiana.

OBJETIVOS.

En esta unidad nos proponemos descubrir:

1. La dimensión moral de la vida humana.
2. La dimensión religiosa de la moral.
3. Los valores fundamentales de la moral cristiana.
4. La personalidad de Jesucristo, el hombre ideal y modelo de identificación para el cristiano.

DIMENSIÓN MORAL DE LA VIDA HUMANA.

Necesidad del sentido moral.

En la literatura griega se encuentra un interesante mito acerca de la cultura (Platón, *Protágoras*, 320-323). Cuenta que, una vez que los dioses hubieron hecho de tierra y fuego todos los animales, encargaron a Prometeo y Epimeteo que repartieran entre ellos las diversas capacidades y habilidades. Epimeteo convenció a Prometeo para que le dejara hacer la distribución a él solo. “Luego, tú la inspeccionas”, le dijo.

Y dotó muy bien a cada uno de los animales para que pudieran sobrevivir: dientes, garras, fuerza, alas o velocidad en las patas... y a cada uno dio una forma de alimentación. Pero cuando llegó el hombre, ya no le quedaba nada que otorgarle. Entonces llegó Prometeo para hacer la inspección, y encontró que todo estaba muy bien, pero que el hombre estaba desnudo, sin calzar ni cubrir, y que carecía de armas para defenderse.

Ante tan gran apuro, Prometeo subió al Olimpo y robó la habilidad técnica de Hefesto y Atenea, junto con el fuego. Así es como el hombre consiguió la habilidad para la vida, y como pudo inventar casas, vestidos, calzados y también la agricultura. Al principio los hombres vivieron dispersos; luego crearon ciudades. Pero como carecían de virtudes cívicas, se peleaban entre ellos y volvían a dispersarse, siendo destruidos por las fieras.

Temiendo que los hombres llegasen a desaparecer, Zeus envió a Hermes para que les llevara el sentido moral y de justicia. Hermes preguntó cómo debía hacer el reparto: “¿He de repartir estos dones del mismo modo que están repartidas las ténicas? Porque, hasta ahora, basta que uno solo sea médico para que todos se beneficien de su saber...”.

“No - “Replicó Zeus-, repártelos entre todos por igual. Porque no subsistirá el hombre si solo unos pocos poseen el sentido moral y la justicia”.

El mito es muy significativo: el ser humano, comparado con los animales, es un ser desvalido, pero suple sus insuficiencias a base de ingenio, trabajo y técnica. Gracias a ello, el hombre se aleja del reino animal y queda más cerca de los dioses (ese es el significado del “robo” de Prometeo). Sin embargo, los seres humanos no son dioses, la maldad y la violencia se asientan en sus asustados corazones. Por ello, necesitan del sentido moral y de una organización justa. Sin moral, la técnica carece de “alma” y puede convertirse en un arma destructiva.

El valor moral, fundamento de la realización humana.

Una meta común a los diferentes credos e ideologías es la **realización del ser humano** como persona. Todo lo que sirva para completar las diferentes dimensiones de la persona lo consideramos valioso. Así, encontramos valores materiales y espirituales: valores biológicos, psicológicos, culturales, artísticos, sociales, morales, religiosos... que nos realizan en estos ámbitos concretos.

El valor moral es una cualidad inherente a ciertos comportamientos que se manifiestan como auténticamente humanos y responden al sentido más profundo

dado a la existencia. El valor moral aparece así como una **fuerza iluminadora**: descubre nuestro destino, señala el camino e impulsa a recorrerlo.

El valor moral se experimenta como una **fuerza interior** que nos impulsa a realizarnos como personas, a humanizar cada vez más nuestra existencia, pero no coarta nuestra libertad. Nos deja libres para seguir otros caminos o quedarnos indiferentes.

De esta forma, la moral nunca será una fuerza alienante, esclavizante o represora: al contrario, la moral será en el ejercicio de nuestra libertad y de nuestra autonomía: la obligación moral se hace cómplice de nuestro deseo, lo que nosotros debemos hacer es fundamentalmente lo que queremos hacer.

No obstante, a veces el deber moral resulta una carga pesada y molesta; ello es debido a nuestra frágil condición humana: “Nos sentimos atraídos muchas veces por otros bienes más inmediatos y agradables que obstaculizan la realización personal; y la renuncia a ellos que se considera como necesaria, no deja de ser dolorosa, pues incluye la negativa a una realidad placentera que, si satisface a otros niveles inferiores de la personalidad, no responde a nuestro verdadero objetivo”.

Desarrollo de la moralidad.

El desarrollo de la conciencia moral – paralelo a la inteligencia – está sometido al **proceso evolutivo** de la persona, pero también depende de otros factores – psíquicos, sociales, ambientales, educativos, etc.- . Así, puede haber adultos que estén en un estadio de moralidad infantil, y jóvenes que ya estén en un estadio adulto de moralidad.

Ley moral natural.

En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal: haz esto, evita aquello (Constitución Gaudium es Spes, 16).

En cuanto **ley**, la conciencia tiene una autoridad que se impone por sí misma. Es **moral** porque permite discernir entre el bien y el mal; contiene los preceptos primeros y esenciales que rigen la vida moral. Esta ley se llama **natural** porque la razón que la proclama pertenece propiamente a la naturaleza humana; es la capacidad de conocer, sentir y juzgar lo que está bien y lo que está mal.

Esta ley está presente en el corazón de todos los seres humanos; su autoridad se extiende a todas las personas; es, por tanto, **universal e inmutable**. Pero su aplicación varía mucho según los lugares, las épocas y las circunstancias; sin embargo, en la diversidad de culturas, la ley natural permanece como norma que nos une a todos por encima de las diferencias inevitables y nos impone principios comunes.

La ley moral natural se transmite a través de la conciencia. El objetivo de la conciencia no es la ciencia ni la sabiduría. Una persona sabia no es la que sabe muchas cosas, sino la que las hace bien. La conciencia se puede comparar con una casa de dos pisos comunicados; en el primero habitan los sentimientos; en el segundo, los conocimientos.

En la conciencia, el sentimiento actúa como energía y el conocimiento como orientación. Cuando no hay conexión entre ellos se produce una avería en la conciencia. Hay personas que ven el mal, pero no tienen fuerza para evitarlo: otras ni siquiera lo ven. También hay quienes sienten el mal donde no lo hay o no lo sienten donde realmente lo hay.

DIMENSIÓN RELIGIOSA DE LA MORAL.

La conciencia, voz de lo trascendente, voz de Dios.

La conciencia no es solo su **contenido**; es también el **continente**, es decir, la capacidad de conocer, sentir y juzgar lo que está bien y está mal. En este sentido, la conciencia es una realidad que está en nosotros pero nos trasciende, poniéndonos en conexión y armonía con el orden cósmico que nos envuelve, con el orden social, con los demás y con nosotros mismos.

En filosofía la conciencia es conocida como “la voz de lo trascendente”; los teólogos la llaman “la voz de Dios”. “La conciencia es el núcleo más secreto y sagrado del hombre, en el que este se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquella” (Gaudium et Spes, 16).

Como **continente**, la conciencia es algo que nos viene dado a todos los seres humanos, es una cualidad específica del ser humano, algo que está en la entraña de nuestro ser y nos trasciende imponiéndose con autoridad, como una ley que no podemos desoír: “Nunca jamás podría la conciencia tener autoridad en la inmanencia si no fuera la voz de la trascendencia”.

Como **contenido**, la conciencia depende de muchos factores; ella contiene disposiciones innatas, experiencias básicas, hábitos, sentimientos, exigencias, sensaciones, reflexiones, intuiciones, razonamientos, etc. Todo ello referido al bien y el mal, a lo justo e injusto.

La conciencia, pues, está abierta a la influencia del entorno, de donde recibe su contenido. Por eso existen conciencias diferentes y hasta contrarias. Por eso también es necesario formar bien nuestra conciencia, iluminándola con los valores morales o ley inscrita en el fondo de nuestros corazones.

La educación de la conciencia es de trascendental importancia, ya que de ello depende muchas veces la fidelidad de la persona. Cuando la conciencia no coincide con la ley moral, se produce dentro de nosotros un “crac” que nos fracciona y nos divide: una parte de nuestra persona está en contra de la otra, sentimos desasosiego, desazón, incertidumbre, inseguridad, decaimiento, culpabilidad ciega, depresión y desarmonía.

Para evitar estos estados es necesario educar rectamente la conciencia. En vano intentaremos evadirnos de ella, ya que está en la entraña misma de nuestro ser. Podemos manipularla intentando justificar lo que sabemos que está mal, pero más tarde o más temprano sentiremos los síntomas de nuestra mala conciencia. Y es que la conciencia tiene un poder trascendente sobre nosotros.

La ley divina.

Existe una ética (justificación racional del orden moral) de donde dimanan algunos **principios universales**: respeto a la vida, a la libertad, a la justicia, a la verdad...

Para el creyente, estos principios dimanan, a su vez, de la ley divina, que es “la providencia con que Dios cuida de sus criaturas”.

Para el cristiano, esta ley divina está contenida en el mandamiento del amor cristiano “Amaos los unos a los otros como yo os he amado”.

Un comentario acerca del Decálogo o Diez Mandamientos: Según la opinión más generalizada en la actualidad, no puede afirmarse que las normas de conducta y los contenidos éticos que aparecen en la Biblia hayan sido revelados por Dios de una manera directa e inmediata. El decálogo, como síntesis de todos los preceptos divinos, no fue dictado literalmente a Moisés. Entre otras razones, porque existe un paralelismo excesivo, sin negar las diferencias y purificaciones efectuadas al ser asumidos por la revelación, entre los mandamientos divinos y los de otros pueblos cercanos. Esto significa que se da un proceso de asimilación de los contenidos éticos elaborados por los hombres de otros pueblos y culturas, para injertarlos en el marco de la alianza y convertirlo en palabra de Dios...

Habría que decir por tanto, que lo que Dios manda y quiere en el campo de la conducta es fundamentalmente lo que el mismo hombre descubre que debe realizar...

Es Dios mismo quien deja al hombre que busque, como ser dotado de autonomía y responsabilidad, las formas concretas de vivir para relacionarse con Él y expresarle su amistad. (F. López Azpiarte).

VALORES FUNDAMENTALES DE LA MORAL CRISTIANA.

Enseñanza moral de Jesús.

La enseñanza moral de Jesús se centra en el amor. Según el testimonio de los evangelios sinópticos, el tema del amor no aparece a menudo en labios de Jesús. Sin embargo, “el conjunto del Nuevo Testamento permite suponer que constituye el tema central de su enseñanza. El concepto del amor es indudablemente la mejor síntesis de la enseñanza moral de Jesús” (Davies).

Hay un texto fundamental en el que la enseñanza de Jesús sobre el amor queda inmortalizada. Este texto está recogido por los tres evangelios sinópticos. Conviene acudir a él para encontrar el mensaje evangélico sobre el amor.

Mateo 22,34-40.

Los fariseos, oyendo que había hecho enmudecer a los saduceos, se juntaron en torno a Él, y le preguntó uno de ellos, doctor, tentándole: “Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la ley?”.

Él le dijo: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y el primer mandamiento. El segundo, semejante a éste, es: Amarás al prójimo como a ti mismo. De estos dos preceptos penden toda la ley y los profetas”.

Marcos 12, 28-34.

Se le acercó uno de los escribas que había escuchado la disputa, el cual, viendo cuán bien había respondido, le preguntó: “¿Cuál es el primero de estos mandamientos?”.

Jesús contestó: “El primero es: Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda

APUNTES DE 2 DE BACHILLERATO DE RELIGIÓN Y MORAL CATÓLICA REALIZADOS POR MIGUEL ÁNGEL ORTEGA PALOP, PROFESOR DEL IES AVERROES.

tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Mayor que estos no hay mandamiento alguno”.

Lucas 10,25-28.

*Levantose un **doctor de la ley para tentarle**, y le dijo: “Maestro, ¿qué haré para ganar la vida eterna?*

Él le dijo: “¿Qué está escrito en la ley?

Le contestó diciendo: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo”.

Y Jesús le dijo: “Bien has respondido. Haz esto y vivirás”.

La aportación peculiar de Jesús.

El mandamiento del amor es el punto central de la enseñanza moral de Jesús. Pero este mandamiento no es “novedad”, ya estaba antes de Jesús. Así, en el Antiguo Testamento leemos: “Amarás a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Dt 6,5) y “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv 19,18).

¿Cuál es la aportación original y peculiar de Jesús? Puede resumirse en tres puntos básicos:

- **La unión interna e indisoluble de los dos preceptos.** El amor a Dios y el amor al prójimo constituyen una misma y única exigencia, son como las dos caras de la misma moneda. El amor a Dios se verifica en el amor al prójimo; y el que ama al prójimo ama a Dios.
- **La reducción de toda la ley a este doble precepto fundamental.** Todas las exigencias y normas religiosas y morales no son sino concreciones y explicitaciones de este doble precepto.
- **La interpretación universalista del amor al prójimo.** Que incluye al enemigo. Ciertamente, ya existían atisbos de esa universalización en el Antiguo Testamento (Lv 19,34); pero esta exigencia no se oía con frecuencia; al menos, en tiempos de Jesús resultaba sorprendente amar al prójimo sin limitación alguna y ayudarle en su necesidad aunque fuera un enemigo de Israel (parábola del buen samaritano).

Dimensiones del amor cristiano.

El amor cristiano tiene una dimensión **universalista** que se extiende incluso al enemigo, una dimensión **teocéntrica** que tiene a Dios como centro de referencia, una dimensión **crisológica** que señala a Cristo como modelo, una dimensión **escatológica**

que da al amor un sentido infinito y eterno, una dimensión **comunitaria** que une a las personas en un mismo amor. Todas estas dimensiones se ponen de manifiesto en estos textos:

- Mt 5,43-48.
- Jn 13,34; 15,12.
- Hch 2, 44-45.
- 1 Jn 4,8.
- 1 Jn 4,20.
- Hch 4,32.
- 1 Jn 3,14.
- Jn 13,35.
- Mt 25,34.

JESUCRISTO, PERSONA IDEAL Y MODELO DE IDENTIFICACIÓN.

Jesucristo, persona ideal para todos.

Cuando miramos a Jesús desde lo que está más próximo a nosotros, desde su humanidad, descubrimos en él los anhelos que todos llevamos dentro, las aspiraciones e ideales que más gratifican nuestra existencia. Jesús no ha mutilado ninguna de las dimensiones verdaderamente humanas; al contrario, las ha realizado de una manera plena.

A la luz de Jesucristo nos hacemos conscientes de lo que somos y de lo que estamos llamados a ser, de lo que podemos realizar y de lo que podemos esperar. Jesús ha realizado los deseos más profundos del ser humano y los valores que más admiramos: la verdad, el amor, la justicia, la libertad, la paz....

- Jesús ama la **verdad** hasta identificarse plenamente con ella. Mt 13,1-36.
- Jesús encarna el **amor** hasta el extremo de dar su vida por los demás. Mt 5, 45. Jn 10,11. Lc 12,15.
- Jesús trabaja por la **justicia**, poniéndose del lado de los pobres y marginados. Lc 6,38. Mt 23,23.
- Jesús defiende la **libertad** hasta identificarse con ella. Mt 4,1-11. Lc 13,32. Mt 20,28.
- Jesús es profundamente pacífico Mc 6,46-50; Lc 13,31-32. Mc 4,40; Lc 12,4. Mt 7,21-27. Mt 26,52.

Jesucristo, modelo de identificación para el cristiano.

Jesucristo constituye para el cristiano un modelo permanente de identificación personal.

Pero no un modelo exterior y estático, sino un principio dinámico que opera interiormente por medio de su Espíritu.

No se trata de imitar a Jesús de una forma externa, sino de captar sus significados y convertirlos en motivo de **realización personal**. No se trata de copiar sus actos, sino de **tener sus mismas actitudes**. No se trata de proyectar en Jesús nuestros propios deseos, insatisfacciones o aspiraciones, sino de **encarnar sus valores**.

Al meditar el evangelio, el cristiano descubre las actitudes de Jesús; su apertura a los demás, su solidaridad con los pobres, su sensibilidad frente a los que sufren, su irritación frente a la hipocresía, falsedad, injusticia, opresión, su enfrentamiento con los poderosos, su entrega a la causa de Dios que es la causa del hombre.

Cuando el cristiano, con el Evangelio en el corazón, abre los ojos a la realidad de su propia historia, podrá encontrarse con Jesucristo en la apertura hacia los demás, en la solidaridad con los pobres, en la sensibilidad con los que sufren, etc.

Las bienaventuranzas.

Mt 5, 1-12.

1. Al ver Jesús las multitudes subió al monte, se sentó y se le acercaron sus discípulos.
2. El tomó la palabra y se puso a enseñarles así:
3. Dichosos los que eligen ser pobres, porque éstos tienen a Dios por rey.
4. Dichosos los que sufren, porque éstos van a recibir consuelo.
5. Dichosos los sometidos, porque éstos van a heredar la tierra.
6. Dichosos los que tienen hambre y sed de esa justicia, porque éstos van a ser saciados.
7. Dichosos los que prestan ayuda, porque éstos van a recibir ayuda.
8. Dichosos los limpios de corazón, porque éstos van a ver a Dios.
9. Dichosos los que trabajan por la paz, porque a éstos los va a llamar Dios hijos suyos.
10. Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad, porque éstos tienen a Dios por rey.
11. Dichosos vosotros cuando os insulten, os persigan y os calumnien de cualquier modo por causa mía.
12. Estad alegres y contentos, que grande es la recompensa que Dios os da; porque lo mismo persiguieron a los profetas que os han precedido.

Jesús sube al monte, lugar de la presencia y actividad divinas. Va a promulgar el estatuto del Reino, a definir la nueva alianza y a constituir el nuevo pueblo. *Sube al monte como Moisés y habla desde él como Dios: EL HOMBRE DIOS.*

- POBRES. “eligen”, “por el/ su espíritu”, indica un acto interior del hombre, de inteligencia, voluntad o sentimiento, por lo tanto de voluntad (=decisión, opción). “Los pobres por propia decisión” Jesús en Mt 6,24 lo aclara – la opción entre Dios o el Dinero -. Tienen a Dios por Rey, “de ellos es el reinado de Dios”, es decir; sólo con ellos actúa Dios como Rey. El reinado de Dios pone fin a la miseria; no carecerán de lo necesario ni tendrán que someterse a otros para obtener sustento. Esta pobreza se opone al acumular y retener bienes y supone la disposición a compartir lo propio. Esta es la buena noticia a los pobres.
- LOS QUE SUFREN. Jesús anuncia el fin de la opresión para la humanidad entera.
- LOS SOMETIDOS. Son los que han perdido su independencia económica y su libertad y tienen que vivir sometidos a los poderosos que los han despojado. La tierra, universal: plena restitución de la libertad e independencia.
- ESA JUSTICIA. Verse libre de la opresión, gozar de independencia y libertad.
- LOS QUE PRESTAN AYUDA. La misericordia expresada en obras.
- LOS LIMPIOS DE CORAZÓN. “el de manos inocentes”. Tienen buena intención que se traduce en una conducta sincera. Tendrán la experiencia constante de la presencia de Dios en sus vidas. No cuenta ya la pureza de la Ley, sino el del comportamiento, ni el encuentro con Dios en el templo, sino en la vida.
- LA PAZ. Prosperidad, tranquilidad, derecho, justicia; en suma, la felicidad individual y social. El que practica tal actividad se hace semejante a Dios, por ser la misma actividad que Él ejerce con los hombres. No hay relación de siervo a señor, sino de hijo a Padre.
- LOS PERSEGUIDOS. La persecución no es un fracaso, y es consecuencia de la fidelidad a la opción inicial. La sociedad basada en la ambición de poder, gloria y riqueza, no la tolera.
- LAS PROMESAS DE FUTURO. Son efecto de la opción y fidelidad presentes. Liberación progresiva de los oprimidos por la existencia del grupo humano que opta contra los valores de la sociedad y crea una alternativa. La sociedad ejercerá sobre ellos una presión más o menos cruenta pero su reacción ha de ser de alegría. Con su modo de vivir, los discípulos hacen visible una nueva relación humana, que denuncia la injusticia existente.

TEMA 4. Existencia y Fe.

OBJETIVOS:

1. ¿Qué es en realidad, la fe? ¿Cómo nace? ¿Para qué sirve?

2. **¿Necesitamos creer? ¿Por qué unos tienen fe y otros no? ¿Qué aporta propiamente la fe?**
3. **¿Cuáles son las motivaciones, fundamentos y contenido de la fe cristiana?**
4. **¿Por qué ha habido y hay tanta gente que cree en el Dios de Jesús?**
5. **¿Qué razones tienen para ello? ¿Qué razones dio el mismo Jesús?**

¿QUÉ ES LA FE?

¿Adquisición humana o don gratuito?

Nadie puede creer en una persona si esta no le inspira confianza, si no le infunde fe. Por eso, la fe no es una adquisición del creyente, sino un **don** que recibe gratuitamente de la persona en quien se cree; esta debe dar signos de credibilidad y muestras fehacientes.

Los signos de credibilidad de Dios son la creación, la vida, el amor.... A través de estos signos es Dios mismo quien se da. Pero esta donación supone **apertura y entrega** confiada en el creyente. No se trata de dar algo a cambio; la fe no es una compra, un comercio o una conquista; es una entrega gratuita y un encuentro amoroso.

La gratuidad, lejos de restar valor a la fe, es lo que la hace precisamente valiosa. Hay quienes confunden lo gratuito con lo supérfluo. Lo gratuito es precisamente lo que más gratifica nuestra existencia: un “te quiero”, una promesa, un beso, un regalo, la vida y Dios mismo, que quiere amar y ser amado.

¿Conclusión racional o decisión amorosa?

Hay quienes se plantean la fe como un problema filosófico que se puede resolver a fuerza de pensar. Pero creer no se parece en nada a la resolución racional de un problema. La fe tampoco es un sentimiento irracional, sin ninguna justificación posible.

El conocimiento racional puede llegar a la afirmación intelectual de la existencia de Dios, aunque no pueda demostrarla científicamente. Pero

“no se trata de llegar a la afirmación intelectual de que exista un Dios, sino de llegar a la aceptación interior, libre y cordial, como norma y garantía absoluta de nuestra vida”.

El sentimiento irracional es posible que exista en un momento determinado de la experiencia religiosa del individuo. Pero este sentimiento, aun siendo muy importante, no es aún la fe, al menos la fe cristiana. Si la fe consistiera en un sentimiento religioso irracional, entonces la fe sería un acto imprudente y antihumano. Cada cual creería lo que este sentimiento le inspirara subjetivamente, sin una base razonable y sin referencias objetivas, interpersonales, sociales e históricas.

La fe es una **decisión razonable**. Es decisión porque supone al hombre **libre**, en posesión de sí mismo, sin coacciones que le obliguen, ni evidencias que lo determinen; una opción **voluntaria**. Es razonable porque existen razones para ir más allá de lo que racionalmente se puede ver y comprender. ¿O es razonable rechazar a Dios por el hecho de que no sea demostrable ni controlable por la razón humana?

¿Seguridad o riesgo?

No es extraño encontrarse con personas que buscan en la fe una seguridad que en realidad la fe no les puede dar. Existe en el ser humano una tendencia a agarrarse a algo que le dé seguridad. De esta manera, la fe se convierte en un tranquilizante para esta vida y en un aval para la otra.

Esta actitud responde al miedo psicológico a la libertad, miedo a tomar una decisión que compromete su existencia, miedo a perder las seguridades, miedo a perder la fe que uno ha heredado pero que no ha hecho suya, miedo a enfrentarse consigo mismo.

La auténtica fe pone al ser humano frente a sí mismo, frente a su libertad, pues la fe es un acto personal y libre, es el acto más personal y más libre que puede hacer el ser humano. No es la adhesión a unas verdades preestablecidas, donde no se arriesga nada personal. Es una apuesta donde uno empeña su ser.

Ciertamente, existen razones para creer, pero estas razones no se apoyan en el instinto de seguridad sino en la **audacia** de vivir libremente.

La fe implica un riesgo: el que cree arriesga su vida en una entrega libre y personal, dando un salto en el vacío y confiándose en alguien que está cerca pero sin dejarse palpar. Solo en esta entrega confiada, en este **salto existencial**, en la vida misma, el creyente puede encontrar a Dios y comprobar que ya antes Dios lo había encontrado a Él.

¿Oscuridad o luz?

Una de las características más patentes de la fe es su oscuridad: la fe es **creer lo que no se ve**. Esta evidencia de la fe la sentimos como algo doloroso, ya que la inteligencia humana busca en la experiencia sensible luz para asegurar la verdad.

Sin embargo, lo más seguro no es siempre lo más cierto ni lo más real. Podemos estar seguros de que tal cosa es de tal color, pero en realidad no es cierto que lo sea; puede ser el reflejo de la luz material. La luz del entendimiento no es tan sensible como la que ilumina los sentidos, pero puede ser más cierta y más real.

La fe no es seguridad, pero es certeza. La **certeza** de la fe no se basa en los sentidos. “A Dios nadie le ha visto nunca” (1 Jn 4,12). Tampoco es una certeza racional o restringida al ámbito de la estructura racional. Pero participa de la luz del entendimiento y, si no es racional, sí es razonable, pues hay razones que mueven a creer.

Aunque la fe participa de la luz del entendimiento, el fundamento último de la fe es la **luz de Dios**, la revelación. La fe no es un saber de la misma índole que el saber de la ciencia ni, en este plano, nos enseña más cosas, sino que alumbra con una nueva luz las ya sabidas. En la fe participa también el corazón, el sentimiento, la voluntad, la intuición; su saber se aproxima más a la sabiduría que brota de la conciencia recta.

¿Evasión o Compromiso?

Hay quienes piensan que la fe no tiene que ver mucho con la vida de cada día, con las experiencias cotidianas; incluso creen que la fe aparta al creyente de la realidad

inmediata y de sus responsabilidades. Posiblemente esta concepción de la fe se basa en la existencia de personas que se tienen por creyentes, sin que la fe incida mucho en sus vidas.

Sin embargo, la fe no es algo ajeno y extraño a la vida, no es un objeto que se tiene, sino una cualidad del sujeto. No se trata de tener o no tener fe, sino de ser o no ser creyente. Pero no se es creyente como se es blanco o negro, por nacimiento. La fe es una pasión personal, una **elección que compromete y obliga**.

La fe no se mide por la cantidad de obras que uno dedica a las prácticas piadosas, sino que es un valor intrínseco que **afecta al ser humano**, un modo específico de ser, que se traduce en un estilo peculiar de vida.

¿NECESITAMOS CREER?

La fe como confianza radical en la existencia.

La existencia humana se apoya en estructuras sociales, ideológicas, políticas, científicas, filosóficas, religiosas. Pero ¿cuál es la estructura primordial de la existencia humana? **¿cuál es su fundamento último?** ¿Cuál es su sentido original y originante?

En primer lugar, la existencia humana se nos presenta como un gran interrogante, como un misterio, que la persona lleva inscrito en lo más hondo de su ser. Si la existencia revelara una respuesta evidente, todos nos atenderíamos a ella. Pero no tenemos evidencia ni seguridad sobre el sentido de la existencia. Por eso existe incertidumbre, duda, oscuridad, contradicciones.

Por eso existe también la fe. En medio de la inevidencia e inseguridad, de la incertidumbre y de la duda, el ser humano busca una respuesta que clarifique el misterio de la existencia, un fundamento que la sostenga, un sentido que explique su dinamismo.

La fe supone una **confianza radical en la existencia**. Mediante la fe, el ser humano reconoce su situación de inseguridad fundamental, pero reconoce, también, que la existencia tiene que tener un fundamento último, aunque este se halle fuera de la experiencia sensible y racional.

Necesitamos esa confianza radical en la existencia y esta fe para poder vivir como personas, para convivir y para amar.

Fe para vivir.

Decimos que la fe supone una confianza radical en la existencia. Sin esta confianza, ¿qué sentido podría tener la vida? **Sin nada de confianza, no podríamos vivir**, al menos de una forma humana. En lo más hondo de la existencia humana está actuando esa fe primordial que se manifiesta como confianza. Si esta fe se apagara, también se apagarían las ganas de vivir.

Crear no es algo ajeno a nuestra vida, sino algo fundamental. Necesitamos creer en la bondad de la vida, a pesar de tantos males; creer en una vida más auténtica, más libre, más gozosa, a pesar de tantas falsedades, dependencias y desdichas. Necesitamos creer en el valor de la vida. Pero la fe no se agota en esas creencias; al contrario, se estimula cada vez más, desbordando todo límite y abriéndose al infinito, a la trascendencia, a Dios.

Fe para convivir.

Queramos o no, en nuestra vida están presentes muchas personas sin las cuales no podríamos realizarnos ni ser quienes somos. En nosotros viven de un modo misterioso personas que nos han precedido en la historia y personas que nos acompañan de cerca y de lejos. Por encima de nuestra voluntad, la naturaleza nos envuelve en un movimiento de solidaridad que solo se puede humanizar en un clima de aceptación y acogida, de comunicación y confianza, de fe primordial.

Nacemos encomendados a unas personas que han de cuidar de nosotros; nuestra única defensa es la confianza con que la naturaleza nos entrega a estas personas. Esta confianza no es el fruto de una deducción lógica; antes de llegar al “uso de razón”. Ya estamos viviendo de ella; después, con el uso de razón, seguimos confiándonos a los otros, no por imperativo del raciocinio, sino por una exigencia más profunda de nuestro ser, que es esencialmente comunicativo.

La confianza en las personas se pone a prueba en las dificultades que entraña la convivencia. Entonces se nos presenta un dilema: ¿Aceptar o rechazar al otro? ¿Aceptarlo como un mal necesario o como un bien necesario? Aceptarlo como un bien necesario supone creer en el ser humano, lo cual significa creer al mismo tiempo en unos ideales y aspiraciones que lo trascienden.

Fe para amar.

No se puede amar sin creer en la persona a la que amamos, sin confiarnos a ella, sin fiarnos de sus gestos y promesas. Todas las manifestaciones del amor están penetradas por una actitud de fe. El amor no se apoya en silogismos racionales sino en signos fehacientes. El último fundamento del amor es la fe primordial; ella hace que el amor se auténtico e inocente. **Un amor sin fe no es amor.**

Al mismo tiempo, el amor enciende la fe, la hace más auténtica y más pura. **Una fe sin amor se convierte en fanatismo;** los crímenes más horribles contra el amor llevan la firma del fanatismo.

El amor encierra en sí la capacidad de discernir una fe auténtica de una fe idólatra. La fe auténtica prende al calor del amor, acrecentándolo infinitamente. Si nos situamos en el interior de nuestras experiencias de amor, nos daremos cuenta de que en ellas se encierran los momentos más plenos de nuestra vida.

La fe da al amor ojos para ver más allá del horizonte que cerca nuestra existencia y para leer en ella el mensaje que lleva inscrito; en lo finito puede leer lo infinito; en lo efímero, lo permanente; en lo temporal, lo eterno; en el mundo, a Dios.

Estructura de la fe a nivel humano.

Los datos más gratificantes de la existencia no se ofrecen a la demostración, sino a la fe, no se ofrecen al saber racional, sino al saber fiduciario: el amor, la amistad, la esperanza.... y el fundamento mismo de

la existencia. Incluso muchos datos que podríamos comprobar racionalmente los aceptamos sin necesidad de comprobarlos. **El ser humano vive por la fe** más que por la comprobación.

Una de las palabras que más presentes están en nuestra vida es “creo”. Y no es solo una palabra, sino que responde a una actitud; a lo largo del día nos fiamos de más gente de la que podemos sospechar. Se trata en estos casos de una fe humana o creencia, que es muy distinta de la fe religiosa; pero en ambas podemos descubrir una misma estructura.

La fe religiosa supone una situación de inevidencia, se basa en unos signos o testimonios y consiste en una aceptación o adhesión. Estos elementos se dan también en la fe humana o en las creencias, aunque en distintos grados y de diversas formas.

Situación de inevidencia.

Si nos limitáramos al mundo de nuestras experiencias inmediatas, sensibles o racionales, nuestros conocimientos serían muy limitados, nuestras relaciones interpersonales muy deficientes, nuestras esperanzas muy pobres.

Muchas de las cosas que conocemos, las admitimos sin haberlas comprobado. Pero esta inevidencia sensible es distinta de la inevidencia religiosa. Aunque no verifiquemos todos nuestros conocimientos, sin embargo los percibimos como verificables y controlables; esto nos da una seguridad que no da la fe religiosa.

Las relaciones interpersonales suponen un mínimo de confianza; esta confianza previa implica un riesgo, una situación de inevidencia. También la fe religiosa implica un riesgo y una situación de inevidencia, pero las relaciones interpersonales tienen un campo empírico que no tiene la fe religiosa.

La fe humana conlleva en su dinámica una **esperanza** que nos pone igualmente en situaciones de inevidencia (“creo que aprobaré”. “creo en un mundo mejor”). Pero la inevidencia de la esperanza religiosa es mucho mayor, pues se refiere a un más allá empíricamente infranqueable.

Signos y testimonio.

Muchos de nuestros conocimientos se basan en la propia evidencia, pero la mayor parte de ellos se basan en el **testimonio** que otros han aceptado como digno de fe. Este testimonio se basa a su vez en unos signos o indicios que lo hacen **creíble y razonable**.

También la fe religiosa se basa en signos razonables y testimonios convincentes, pero de distinta índole. Los conocimientos o creencias humanas basados en el testimonio, están abiertos a la propia comprobación; una vez comprobados, no hace falta el testimonio. Los signos y testimonios en los que se fundamenta la fe religiosa son absolutamente necesarios; son signos y testimonios comprobables, pero tienen otra dimensión que no se ofrece a la comprobación sino solamente a la fe.

Aceptación y adhesión.

La fe humana o creencia consiste en aceptar como verdad algo que no conocemos por propia experiencia o por demostración evidente, sino por el testimonio de otro. También la fe religiosa implica una aceptación y adhesión a unas **verdades**, a unos **ideales**, a unas **creencias**, pero de distinta naturaleza. La fe religiosa implica aceptar y adherirse en una confianza absoluta a verdades que nos trascienden absolutamente.

En las relaciones interpersonales, la fe humana incluye, además de la aceptación del testimonio, la **aceptación de la persona**. Esta fe interpersonal se manifiesta como confianza que vincula a las personas, desde la apertura a un desconocido hasta la entrega a la persona amada. También la fe religiosa, en su perspectiva cristiana, incluye la aceptación y adhesión al ser absoluto, trascendente y personal. Pero este ser personal no se manifiesta como una persona más junto a otras personas, sino como fundamento de la existencia personal, como amor originario. Adherirse a él es fundamentar nuestra existencia sobre el amor.

LA FE CRISTIANA.

Estructura de la fe cristiana.

La experiencia humana de la fe nos ayuda a comprender la estructura de la fe cristiana. Entre ellas existe un paralelismo: la fe cristiana supone una situación de inevidencia radical que os afecta en lo más hondo de nuestro ser; se basa en **Jesús de Nazaret**, signo visible del Dios invisible, testigo de Dios ante los hombres y de los hombres ante Dios; consiste en la aceptación de su persona y en la adhesión a su espíritu.

Situación de oscuridad suplicante.

Como ser humano, el creyente cristiano vive en la misma situación de inevidencia y oscuridad que las demás personas. Para él, Dios permanece también oculto e invisible. Para el cristiano, esta oscuridad no significa una condena permanente, sino que encierra la súplica de la luz; gracias a la fe, creemos en la luz y caminamos hacia ella, aunque a oscuras: “Caminamos en fe, no en visión” (2 Cor 5,7).

Esta situación de oscuridad afecta a nuestras relaciones interpersonales; no acertamos a relacionarnos de una manera gozosa; nos hacemos fácilmente daño, a veces incluso sin quererlo. Pero tampoco estamos condenados al daño; en él se encierra también la súplica del perdón: “Perdónanos por nuestras ofensas” (Mt 6,12).

Jesucristo, signo y testigo de Dios.

La fe cristiana no se basa en racionios ni en demostraciones evidentes, sino en Jesucristo. Para el cristiano, **Jesucristo es la razón d creer**. La primitiva comunidad cristiana proclama a Jesucristo como signo de Dios: “Él es imagen de Dios invisible” (Col 1,15). El mismo Jesús se presenta como testigo del Padre; sus obras dan testimonio de Él (Jn 10,38); todos pueden verlas, pero no todos las reconocen. En Jesucristo hay una dimensión constatable, pero también hay otra dimensión que solo se ofrece a la fe.

Después de la muerte del Maestro, sus **discípulos** dan testimonio de Jesús; ellos son testigos presenciales de su vida y portadores de su espíritu. En torno al testimonio vivo de los apóstoles surge la **comunidad** de creyentes, que da cuerpo al espíritu de Jesús. Por medio de esta

comunidad o Iglesia, llega a todos los rincones del mundo el testimonio de Jesús, a través del cual Dios se manifiesta de una manera testimonial.

Adhesión a la persona de Jesús.

La fe cristiana es ante todo una **adhesión personal a Jesús**: creer en Él, confiarse en Él, entrar en relación personal con su persona. Esta identificación con Jesús conlleva una adhesión viva a su mensaje: creerlo, fiarse de Él, creer como Él.

Esta adhesión a la persona de Jesús es posible porque su presencia se prolonga en la comunidad de creyentes. Jesús no escribió una doctrina para prolongar su pensamiento, sino que creó una comunidad para prolongar su persona, es decir, el amor de Dios encarnado en el mundo: “Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28,20).

Dentro de las primeras comunidades cristianas surgieron los diversos escritos que hoy configuran el **Nuevo Testamento**. Pero estos escritos no representan una doctrina ideológica, producto de los hombres, sino que son la expresión testimonial de la palabra viva, hecha carne. La fe no es adhesión a unos escritos sino a la palabra que da vida a quienes creen en ella.

Dinamismo de la fe cristiana.

La fe se puede comparar con una semilla que Dios ha derramado sobre el corazón humano; para que esta semilla germine hay que abrir el corazón, prepararlo, limpiarlo de malezas; de este modo la semilla puede crecer y dar fruto. Dicho de otro modo, la fe es un don de Dios y una opción libre y personal del hombre, que incide en su vida creciendo al ritmo del propio crecimiento.

Nacer a la fe.

Por medio del **bautismo** se nace a la fe cristiana. El bautismo no representa un punto de llegada sino un punto de partida: la fe no es algo estático, sino algo dinámico que crece al ritmo de la persona. Así como el

hombre tiene una dimensión personal y otra comunitaria, también la fe tiene una doble dimensión: personal y comunitaria.

Durante la infancia, la dimensión comunitaria es mucho mayor que la dimensión personal o individual; el niño vive identificado con su familia, vive de ella y de ella depende en su modo de ser, de hablar, de comportarse. En un principio, la fe solo puede vivirse por participación en la fe de los padres. A medida que aumenta la dimensión personal o individual, es decir, a medida que el niño se hace más autónomo, la fe necesita adaptarse a este crecimiento, hacerse más personal y más autónoma: se debe pasar de una fe heredada a una fe responsable. No se trata de tener fe, sino de ser creyente; y solo se puede ser creyente en la medida en que se es.

Creer en la fe.

El paso de la infancia a la juventud suele ir acompañado de una crisis de fe. Durante la infancia suelen aceptarse de buen grado las verdades de fe y las prácticas religiosas, sin resistencia pero de una manera poco personal, ya que el niño aún carece de criterio propio.

Esta situación cambia con la adolescencia: desaparece la antigua seguridad de la infancia pero aún no se logra la del adulto. Lo que antes era una verdad incuestionable ahora se convierte en un interrogante, y lo que era una práctica familiar ahora pierde su sentido. ¿Qué ha pasado? Esta crisis de fe se inscribe dentro de la crisis general por la que atraviesa el joven; este necesita adaptar su fe infantil a las nuevas exigencias de su edad.

Una exigencia es **enraizar la fe en la convicción personal**. El joven necesita razonar su fe. Aquí surge la primera dificultad: el joven tiende a razonar buscando pruebas y argumentos que demuestren la verdad de la fe. Pero la fe no se puede demostrar. Podemos y debemos dar razón de la fe, pero no podemos demostrarla sin destruirla: buscar pruebas para confiar es ya desconfiar.

El joven pasa por una situación de búsqueda y saldrá airoso si no se cansa de buscar. Los que no buscan quedan anclados en una fe infantil

o en una increencia igualmente infantil: aquellos se aferrarán a la fe de una manera ingenua y obcecada; estos rechazarán la fe también de una manera ingenua y obcecada.

Hacia la madurez en la fe.

Hay quienes todavía conciben la fe como cosa de niños y de personas inmaduras. Estos prejuicios contra la fe pueden tener su fundamento en la existencia de creyentes inmaduros, que aún siguen atados a un dogmatismo ingenuo, a un legalismo intolerante, a un ritualismo mágico. Pero así como existen creyentes inmaduros, también existen no creyentes que basan su increencia en los mismos motivo infantiles en los que aquellos basan su fe ingenua e inmadura.

Quien ha crecido en la fe no sentirá recortadas sus posibilidades ni se sentirá atado a ningún tipo de dogmatismos. Al contrario, la fe será la única posibilidad de abrirse hacia un mundo sin límites. La fe potencia las posibilidades humanas, ensancha horizontes, favorece los valores, facilita el desarrollo de las facultades y capacidades.

Para el cristiano, **Jesucristo es el prototipo de creyente maduro**. El ha vivido todos los valores humanos hasta identificarse con ellos: confianza, amor, verdad, justicia, libertad, paz. Jesucristo ha realizado las aspiraciones y anhelos más profundos del hombre. La madurez cristiana es la misma madurez humana vivida al estilo de Jesús de Nazaret.

CREER EN EL DIOS DE JESÚS.

Una nueva imagen de Dios.

Para Jesús, Dios constituye el fundamento de su vida. Pero, ¿cómo es el Dios de Jesús? ¿A quién llama Jesús Dios? Indudablemente, el Dios de Jesús es el Dios de Israel, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios de Moisés, de David y de los profetas.

Pero en tiempos de Jesús, los representantes oficiales de la religión judía encerraron a Dios en unas fórmulas, ritos y leyes que había que conocer y cumplir al pie de la letra. Quienes así cumplían la ley estaban justificados ante Dios, haciéndose merecedores e incluso acreedores de sus premios y promesas. Los que no conocían la ley o la incumplían de una

manera pública y notoria, eran tachados de impíos y pecadores, siendo apartados de la comunidad de los justos.

Jesús se rebela contra esa falsa imagen de Dios; un Dios reducido a la ley, manipulable y monopolio de unos cuantos; un Dios utilizado para el interés personal y partidista. Jesús conecta con el Dios revelado en el Antiguo Testamento, iluminando lo que allí era oscuro y clarificando, lo que parecía ambiguo. Sustituye la “ley de Dios” por el “Dios del amor” que da sentido a la ley.

El Dios del amor.

Si Dios ha hecho al ser humano a su imagen y semejanza, entonces la **única imagen legítima de Dios es el ser humano**. ¿Y cual es la experiencia que nos hace más humanos? Indudablemente, el amor. El amor, si es verdadero, no manipula, no es posesivo ni competitivo; deja que cada cual sea él mismo.

El amor desborda toda imagen y todo retrato, revelando el carácter misterioso de cada persona, el carácter singular y original de cada ser humano. La plenitud de cada individuo se mide por el amor que ha recibido y por el que da.

El amor nos sumerge en lo más hondo de la existencia, en la fuente misma de la vida, en Dios, de quien procede todo amor: “El amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios, porque Dios es amor” (1 Jn 4,7-8).

Si Dios es amor, no podemos imaginarlo como un Señor todopoderoso, a semejanza de los poderosos de la Tierra, que se distancian de los débiles. Si Dios es amor, podremos imaginarlo mejor como un padre o una madre que quiere a todos sus hijos por igual, pero que siente más ternura por los más débiles.

Jesús se identificó plenamente con el Dios del amor; el amó a todos, incluso a sus enemigos; sintió predilección por los pobres y marginados. Su vida fue la viva imagen de Dios. Su poder no era el que

ostentan los poderosos de la Tierra, sino la ternura que despierta un niño nacido entre pajas o la piedad que produce un inocente colgado de una cruz.

Dios Padre.

Jesús habla de Dios, no como un pensador habla de un problema, sino como un hijo habla de su padre. La imagen de padre da a Dios un sello más familiar, haciéndolo más cercano. Jesús llama a Dios “Abba”, porque al llamarlo así le viene al corazón todo el amor que ha recibido de Él. La palabra “Abba” recoge el sentido de acogida, confianza, ternura, bondad, que un niño siente hacia su padre y hacia su madre.

Pero el apelativo “padre” solo se puede aplicar a Dios **simbólica y analógicamente**. Como símbolo, la palabra “padre” está tomada de nuestra realidad humana, pero evoca otra realidad en virtud de su analogía: Dios no es un padre junto a otros padres, sino el fundamento de toda paternidad. Bajo este aspecto, la palabra “padre” aplicada a Dios engloba el sentido de la maternidad y el de paternidad, trascendiendo a ambos.

El símbolo de la paternidad-maternidad de Dios nos descubre otro aspecto importante que caracteriza la relación del hombre con Dios: así como nadie elige a su padre o a su madre, tampoco el ser humano elige a Dios, sino que es Dios quien lo elige a él, aun cuando este no lo reconozca. Dios no es un advenedizo o alguien accidentalmente encontrado: **Dios es la fuente de nuestra existencia.**

Pero Dios no es un padre tiránico o un déspota que imponga su ley por la fuerza; no es el padre terrible, objeto inconsciente de los terrores infantiles; tampoco es el “Dios dulzón y paternalista” que realiza las tareas que el hijo debe realizar por sí mismo. Dios no es el simple eco de las experiencias humanas de la paternidad y de la maternidad. Bajo este aspecto, la palabra “padre” aplicada a Dios debe ser depurada de los posibles aspectos negativos que contenga.

El Dios de Jesús es el **padre misericordioso** que con tanta sencillez se nos describe en la parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-24), un padre que deja al hijo en libertad para marcharse, sin espiarle ni ponerle trampas; un padre que sigue esperando al hijo y que, cuando este retorna, lo ve venir ante de ser visto él mismo; un padre que corre al encuentro del hijo, interrumpe su confesión de culpas, lo acoge sin pedirle cuentas ni

someterlo a prueba, sin condición ninguna; un padre que celebra con una fiesta el retorno de su hijo.

TEMA 5. Razón y fe.

OBJETIVOS:

1. Descubrir qué tipo de conocimiento da la fe y qué valor y significado tiene.
2. Reconocer la función de la razón en el acto de fe y el valor relativo de las pruebas de la existencia de Dios.
3. Identificar las razones que mueven a creer en el Dios de Jesús.
4. Analizar y valorar los signos de credibilidad.

LA RAZÓN DE LA FE.

El conocimiento de la fe.

El creyente sabe que la fe no se posee o se adquiere por razones, sino por gracia, pero necesita dar razón de su fe, sin que ello signifique demostrarla científicamente.

Existe un **conocimiento científico** que se adquiere mediante demostraciones o verificaciones empíricas. Dios no entra en el ámbito de la verificación empírica; no es un objeto de laboratorio que el científico puede manipular, objetivar y analizar. No se puede demostrar científicamente la existencia de Dios, ni tampoco su no existencia.

Pero el conocimiento científico no agota toda la capacidad racional. Existe también un **conocimiento metafísico**, que se adquiere mediante la conceptualización simbólica de la realidad: a partir de lo concreto se construyen representaciones conceptuales, que son expresadas en términos abstractos. El razonamiento metafísico se sitúa más allá de los datos empíricamente comprobables; sus afirmaciones se refieren a la totalidad del ser, al sentido de la realidad.

Es muy comprensible que el creyente se haya servido del lenguaje metafísico para expresar racionalmente el porqué de su convicción de la

existencia de Dios. En este sentido, la tradición cristiana ha mantenido desde el principio la posibilidad de llegar al conocimiento de Dios a partir de la realidad del mundo. San Pablo lo expresa así: “Lo que puede conocerse de Dios lo tienen ante la vista: Dios mismo se lo ha puesto delante. Desde la creación del mundo, sus perfecciones invisibles, su poder eterno y su divinidad son visibles para la mente que penetra en sus obras” (Rm 1,19-20).

En esta línea, el Concilio Vaticano I se vuelve contra quienes niegan que “el Dios uno y verdadero, Creador y Señor, no puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón a partir de las cosas creadas”. No se trata, naturalmente, del conocimiento científico basado en análisis, experimentos y demostraciones; Dios es inabarcable y no se puede reducir a objeto. Se trata de la apertura del ser humano al misterio de Dios, que impulsa a la razón a profundizar en él (Encíclica Fe y razón, 13).

Dar razón de la fe.

La fe lleva por su propia dinámica a buscar el motivo y fundamento de su contenido: hay en ella un impulso que la hace madurar. Este impulso afecta también a la **racionalidad**, es decir, a las preguntas críticas que brotan dentro de ella: “¿Por qué creo? ¿Cómo acredito y justifico la existencia de Dios?”.

La fe tiene que ser capaz de responder a sus propias preguntas; para ello necesita interrogar a la razón: *Fides quaerens intellectum*. De este modo la fe se abre a la racionalidad crítica, pero sin absolutizarla. No se puede dar un valor absoluto a la razón, como hace el racionalismo; la racionalidad es un aspecto de la realidad, pero no toda la realidad.

Cuando la razón se independiza de la fe, puede caerse en un **racionalismo** que transforma la imagen de Dios en un concepto frío y poco concorde con la actitud religiosa. Esto puede explicar la actual aversión hacia la intromisión metafísica en el ámbito religioso. Sin embargo, el creyente no puede renunciar de antemano a todo acceso racional a Dios; al contrario, necesita acreditar su fe en la propia realidad y justificarla ante la razón.

Separada de la razón, la fe puede convertirse en un **fideísmo** que transforma la imagen de Dios en un sentimiento irracional. La fe sin pensamiento es irreflexiva e irresponsable y puede disponer a una credulidad fanática. El creyente, por tanto, debe mantener el equilibrio entre el racionalismo y el fideísmo. Para ello es necesario estar abierto a la racionalidad crítica y dar razón de la fe.

¿Hay razones para no creer en Dios?

La madurez en la fe pasa por las preguntas que brotan de la misma fe y por la crítica que se hace desde fuera, desde el ateísmo. La fe no puede enmudecer ante los interrogantes que el ateísmo le plantea; también el ateísmo debería responder a las preguntas que la fe le hace. Se trata de un diálogo a partir de una realidad que se presenta sumamente problemática, pues no ofrece una evidencia que obligue a creer o a no creer. Fe e increencia son decisiones libres del ser humano, pero que deben ser justificadas.

La existencia del mal, ¿postulado de la no existencia de Dios?

Desde siempre, la presencia del mal ha constituido un grave interrogante que cuestiona la existencia de Dios. En los últimos tiempos, la existencia del mal ha sido angustiosamente sentida por filósofos existencialistas, como Camus, que se han negado a admitir la existencia de un Dios bueno y todopoderoso que permite el sufrimiento de las personas inocentes; pero la negación de Dios ha hecho aún más angustiosa la experiencia del mal, dejando al hombre sumido en un estado de **frustración y desesperanza**.

La experiencia del mal ha sido recogida una y otra vez en la Biblia. Es la experiencia de Job, que sufre inocentemente por un mal que no ha cometido. Es también la experiencia del siervo de Yahvé (Is 53), que lleva sobre sus espaldas las iniquidades de los hombres. Es, sobre todo, la experiencia de **Jesús en la cruz**, que llega a sentir en su alma el abandono de Dios: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

La experiencia del mal hace sentir la crisis de Dios, su ausencia y abandono. ¿Qué responder ante el problema del mal? No existe una respuesta teórica. La respuesta es vital: **encontrarse con Dios en el dolor**.

Dios se hace condolencia: Él está presente en el que sufre, haciendo suyos los sufrimientos. Es la actitud del que ama: y Dios es amor. Dios no ha venido a suprimir el dolor, ni siquiera a explicarlo, sino a llenarlo de su presencia.

La fe en Dios, ¿una simple proyección del ser humano?

No cabe duda de que la fe en Dios tiene un aspecto de **proyección** e imaginación, como también lo tiene la fe en el ser humano o la esperanza y el amor humanos. La fe se adapta necesariamente a la estructura humana, a la que también pertenece la proyección y la imaginación. Sin embargo, el hecho de la proyección no significa que el objeto proyectado exista o no. Al deseo de Dios puede responder perfectamente un Dios real.

Es cierto que, a veces, se ha utilizado la religión como un tranquilizante y un consuelo social, como opio del pueblo, instrumento de represión y protección de privilegios. Pero ello no demuestra que la fe en Dios sea una mera proyección; también puede representar una relación con una realidad totalmente distinta.

De hecho, a pesar de tantas sospechas contra la fe, no se ha logrado desarraigada de la sociedad; al contrario, ha surgido con más fuerza y, desde luego, más justificada gracias a la crítica. En cambio, la fe humanístico-atea en el progreso se halla hoy bajo la sospecha de ser una proyección, y la fe ateo-cientista en la solución de los problemas constituye hoy para muchos una simple ilusión.

PRUEBAS DE LA EXISTENCIA DE DIOS.

La cuestión de las “pruebas de la existencia de Dios”.

Las “pruebas de la existencia de Dios” aparecen de alguna manera en casi todas las tradiciones filosóficas, pero sobre todo en la cristiana. Estas “pruebas” revelan la necesidad que tiene el ser humano de expresar racionalmente su fe; no son un sucedáneo de la fe, sino una exigencia que brota de la misma fe en su proceso de maduración. La fe se alimenta también del pensamiento.

Cuando los pensadores cristianos se pusieron en contacto con el pensamiento griego, hicieron una síntesis que quedó reflejada en las clásicas “pruebas de la existencia de Dios”; estas tienen, pues, su fundamento en la filosofía griega. Ya **Aristóteles** reconoció la existencia de una primera sustancia o fundamento de la realidad, a la que llamó Dios y a quien, después, los pensadores cristianos identificaron con el Dios revelado por Jesús.

De este modo, la fe cristiana asume el pensamiento griego sobre Dios y lo desarrolla dentro de un contexto teológico, pero siguiendo el razonamiento metafísico, propio de la filosofía griega.

Santo Tomás de Aquino expone de una manera sistemática las pruebas de la existencia de Dios. Son las “cinco vías” famosas, que parten de cinco aspectos del mundo para concluir en Dios:

- Primera vía: buscando el origen del movimiento, se llega a un primer motor inmóvil.
- Segunda vía: buscando las causas de los efectos, llegamos a la causa primera.
- Tercera vía: buscando el fundamento de lo contingente, llegamos a un ser necesario.
- Cuarta vía: buscando grados de perfección, llegamos a un ser supremo, sumamente perfecto.
- Quinta vía: buscando el orden finalístico, llegamos a un ser inteligente en grado sumo.

Pruebas de carácter más “metafísico”.

A este tipo de pruebas pertenecen las **cuatro primeras vías** de Santo Tomás que, según Kant, se basan en el mismo argumento cosmológico, en cuanto que todas ellas buscan la causa eficiente del mundo, la causa motriz, primera, necesaria y suprema, para llegar a la conclusión de que esta causa es Dios.

Estas pruebas ofrecen cierto atractivo para mentes más especulativas y son menos impugnables desde la mentalidad científica, ya que se sitúan más allá de los datos empíricamente verificables. Sin

embargo, a medida que se han ido desarrollando las ciencias empíricas, la especulación metafísica fue entrando en crisis, hasta caer en un descrédito general ante la objeción de que las pruebas metafísicas no prueban nada.

También hay una objeción contra la lógica de estas pruebas. Se dice que estas pruebas metafísicas no ofrecen una demostración rigurosamente lógica, sino que dan un salto infinito trascendente, sin poder probar que este infinito sea la plenitud o el vacío, o que la causa trascendente se refiera a la materia, a la energía o al espíritu.

No obstante, estas pruebas ofrecen un gran interés. La crisis metafísica puede superarse. El elemento metafísico depura de posibles antropomorfismos el concepto de Dios y le da consistencia. Si no admitimos a Dios como origen y fundamento del mundo, ¿cuál sería entonces el origen y fundamento? ¿La nada? ¿No sería **más razonable** admitir una causa primera de todo? Si por Dios se entiende el fundamento último, aceptar a Dios significaría aceptar que este mundo tiene un fundamento.

Pruebas de carácter más “físico”.

Son las que se basan en el orden finalístico del mundo para concluir en la existencia de un ser inteligente, como la **quinta vía** de Santo Tomás, que –según Kant- es la más antigua, la más clara y la que más se adapta a la razón humana común, pues “no hay reloj sin relojero”.

Estas pruebas ofrecen cierto atractivo por su proximidad con el conocimiento científico, cuya exactitud y demostrabilidad muchos añoran. “No se puede contemplar el orden magnífico que gobierna el universo sin mirar entre sí y en todas las cosas al Creador mismo”, escribía Copérnico.

Sin embargo, existen muchas objeciones contra este tipo de pruebas, que son las que menos resisten la crítica científica. Kant afirma que el argumento del orden finalístico “podría probar a lo sumo un arquitecto del mundo (relojero), pero no un creador del mundo...; para esto se requeriría que pudiera demostrarse que las cosas del mundo

fueran en sí mismas inapropiadas para este orden y armonía”. Por otro lado, se puede alegar que, junto al orden del mundo, existe también el desorden.

Pero aunque estas pruebas no ofrezcan una demostración científica, sí ofrecen cierto interés por su poder persuasivo a nivel de fe filosófica, no en cuanto a explicaciones de cómo es el mundo, sino como **interpretaciones del sentido del mundo**, un sentido que se desprende de la lógica del orden maravilloso que hay en él.

Pruebas “antropológicas” o “morales”.

Estas pruebas se basan en **lo más profundo del ser humano**, parten de sus aspiraciones más profundas, de su conciencia íntima, para concluir en una realidad trascendente y absoluta que dé razón de ser al hombre, fundamente su humanismo, llene sus aspiraciones, dé sentido a su conciencia. San Agustín expresó de un modo intuitivo este movimiento del hombre hacia el ser que le da la vida: “Señor, nos hiciste para Ti, y está inquieto nuestro corazón hasta descansar en Ti”.

En esta línea, Kant advierte que la conciencia moral implica un deber que le impulsa **hacia el bien supremo**: bondad absoluta y felicidad para el hombre. Este bien supremo, que está por encima del ser humano, es Dios, cuya existencia es un postulado “moralmente necesario”, una exigencia de la “razón práctica”, un “imperativo” de la conciencia. La existencia de Dios, según Kant, no se encuentra por la metafísica, sino por la moral; no es un postulado de la “razón pura”, sino de la “razón práctica”, dos dimensiones distintas de la misma razón humana.

Dentro de esta perspectiva kantiana, y en un sentido cristiano, podemos hablar de la “vía del amor”: a partir del amor humano como experiencia realizante, como exigencia gozosamente moral y como ideal supremo, podemos arribar al amor originario y originante, como realidad personal, como el tú trascendente que funda nuestro yo, como ser absoluto que posibilita la unidad en la universalidad, la solidaridad. Esta prueba ofrece un gran interés psicológico y moral, aunque choca con la

objeción de la lógica racional: del hecho de desear una cosa no se sigue que esa cosa exista.

Prueba “ontológica”.

Esta prueba, propuesta por **San Anselmo**, Arzobispo de Canterbury (siglo XI), se basa en el siguiente argumento: Dios es el ser mayor de -el cual- nada puede pensarse; el ser “mayor” implica que existe, pues algo es mayor si existe que si no existe. En conclusión, **el ser mayor que podemos pensar tiene que existir necesariamente.**

Posteriormente, **Descartes** defendió este argumento basándose en la **idea de infinito** concebida por el hombre. La idea de infinito no puede surgir de seres finitos; si el hombre es capaz de concebir la idea de infinito, es que ha sido depositada en la mente humana por Dios, único ser infinito.

Ya Santo Tomás de Aquino y Kant, entre otros, hicieron ver que este argumento **da un salto infundado** de la existencia de lo **ideal** a la existencia **real**: Dios sería una simple idealización de la mente, pues el mero pensar la idea de una cosa no se sigue que esa cosa exista fuera de la mente.

No obstante, este argumento ontológico ofrece cierto interés. Si el pensamiento está orientado hacia la concepción de un ser perfectísimo, de un ser “mayor”, infinito, ¿no es **más razonable** que exista? Si no existiera este ser infinito, mayor que el cual nada pueda pensarse, ¿no estaría el pensamiento orientado hacia la nada o condenado al engaño? ¿No es más razonable pensar que se trata del conocimiento de un ser totalmente otro?

¿POR QUÉ CREER EN EL DIOS DE JESÚS?

Razones para creer en el Dios de Jesús.

Dentro del ambiente judío en el que se movió Jesús, la existencia de Dios era algo indiscutible, que nadie se planteaba. La cuestión no era

creer o no creer en Dios, sino **creer en el Dios Verdadero**. Jesús hizo ver que la imagen de Dios que presentaba el judaísmo oficial de su época no era auténtica; en varias ocasiones Jesús denunció las falsificaciones que hacían de Dios algunos escribas, fariseos y saduceos.

Pero ¿es verdadera la imagen de Dios que nos muestra Jesús? ¿No puede ser una invención de su fantasía? ¿Cómo podemos saber que detrás de esta imagen hay una realidad? La fe en Dios no se basa en pruebas externas sino en signos razonables y fehacientes, es decir, inherentes a la fe. La razón decisiva para creer en el Dios de Jesús es **Jesús mismo**: su persona histórica, la trayectoria de su vida, sus testimonios y acciones liberadoras.

Es cierto que la muerte de Jesús puso a prueba la fe en Él: sus discípulos sufrieron una profunda decepción. Pero la resurrección convirtió la fe de los discípulos. “La fe en la resurrección es el resultado de la fe en Jesús como enviado de Dios y de la fe en el mismo Dios como Dios de gracia y de salvación, ante hechos como la muerte inocente y piadosa de Jesús, el sepulcro vacío, las apariciones del resucitado, la experiencia de su poder en la conversión de los hombres y la vida renovada de las comunidades de creyentes. Hay un dinamismo interno de la fe que la lleva hasta la afirmación de la resurrección de Jesús y la invocación del resucitado como Señor y como Hijo de Dios”.

La razón que ofrece Jesús.

Jesús parte de la vivencia de **Dios como padre**, que es bondad absoluta para todos los hombres, buenos y malos, judíos y gentiles. Esta bondad absoluta de Dios motiva y enriquece la fe. La imagen del Dios de Jesús es ya una invitación a creer y una razón. El mismo Jesús vive en actitud de fe absoluta con el Padre. Él es el primer creyente, el creyente absoluto, que vive la existencia con confianza plena y con total transparencia; es modelo de creyentes. La fe de Jesús es también una invitación y un motivo para creer.

El testimonio de Jesús sobre el amor de su Padre se convierte también en motivo para creer. Es cierto que este testimonio lo recibieron directamente solo los que habían convivido con Él y habían experimentado su resurrección de un modo único e irrepetible. Nosotros tenemos que recibirlo indirectamente, a través del testimonio de quienes convivieron con Jesús, pero podemos experimentar la cercanía real de Dios viviendo el amor como lo vivió Jesús, y podemos gozar la dicha de creer sin ver: “Felices los que sin ver creen” (Jn 20,29).

La razón que el creyente lleva dentro.

La razón que ofrece Jesús para creer en Dios sintoniza plenamente con la razón última que el creyente lleva dentro. En lo más profundo de su ser, el creyente **aspira a un sentido pleno** de la existencia, un sentido en el que toda la realidad esté unificada y sea buena a pesar de la innegable presencia de aspectos malos, un sentido último por el que merezca la pena vivir, trabajar, crear y morir.

Este sentido pleno y último reclama la existencia de Dios, pero no un Dios que coarta o amenaza al ser humano, sino un Dios que posibilita la libertad y la sostiene; no un Dios que suplanta al hombre o está al acecho, sino un Dios que confía en su responsabilidad; no un Dios que se deja manipular, objetivar o probar, sino un Dios fundamento de todas las realidades, inabarcable, soporte y guía, en quien el ser humano puede confiarse. Un Dios, en fin, como el que Jesús nos ha revelado.

La fe en Dios hace que el mundo no aparezca como obra del azar o de la nada; hace que la evolución no aparezca como una fuerza ciega; hace que la historia no vaya a la deriva, ni el ser humano se vea frustrado. Es cierto que no se puede demostrar científicamente el contenido de la fe, como tampoco se puede refutar. Pero hay razones para creer que todo en este mundo está suscitado por el amor de Dios, quien a través del amor de los seres humanos dirige la historia hacia su plenitud.

SIGNOS DE CREDIBILIDAD.

¿Pruebas o signos de Dios?

Si Dios es amor, solo se le puede conocer amando, pues solo el que ama sabe de amor. Si Dios es padre, **no necesitamos pruebas** para creer en Él. El que ama a Dios no intenta abarcarlo, objetivarlo o definirlo, sino que se abre a Él y se deja llenar de su ser, de su amor. Creer en el Dios de Jesús es creer en el amor como la única realidad que puede justificarnos sin que nosotros podamos justificar.

Es significativo que la persona a la que más amamos es a la que menos podemos definir. El amor hace innecesarios cualquier definición, argumento o prueba. Y esto es lo verdaderamente atrayente, excitante y cautivador; jamás podremos abarcar todo el ser humano al que amamos, porque en él todo es posible y caben todos los misterios. El que ama a una persona, cree en ella sin necesidad de pruebas; probarla sería desconfiar de ella y faltarle al amor.

No se puede creer en Dios como se cree en algo que nosotros podemos manipular, justificar o dominar. La fe en Dios no se basa en pruebas que lleven a un conocimiento evidente, racional o demostrado. La fe en Dios **se basa en signos** que llevan a un conocimiento oscuro, razonable e intuitivo. Es oscuro porque no puede abarcar toda la realidad de Dios, que queda en la penumbra de nuestro conocimiento; es razonable porque se apoya en signos; es intuitivo porque evoca el significado de estos signos. La fe implica confianza sin pruebas, amor sin reservas, esperanza sin garantías externas.

Signos de confianza sin pruebas.

Creer es cuestión de confianza. Pero la confianza no prende en raciocinios fríos sino al calor del testimonio; no se alimenta de pruebas que la aseguren sino de signos que la estimulen. Confiar es siempre un riesgo, una aventura, una audacia. Pero los signos hacen **razonable** esta audacia.

Cuando Jesús habla de Dios no esgrime argumentos basados en raciocinios especulativos. Jesús habla de las experiencias de la vida

cotidiana donde Dios se manifiesta. A las personas llenas de ansiedad y desasosiego, les habla de las aves del cielo y de los lirios del campo, signos de la libertad y paz basadas en la confianza en Dios (Mt 6,25-34). A quienes se refugian en la fe para no hacer nada, les pone ejemplos tomados de la vida diaria, en los que pueden ver la falsedad de esa fe y la vaciedad de esa confianza (Mt 25,1-30). De este modo Jesús invita a que cada cual descubra los signos de Dios en su vida.

A sus amigos, a los que confían en Él, les habla abiertamente de los misterios de Dios. A los demás les habla en parábolas para que “viendo no vean y oyendo no entiendan” (Lc 8,10). Es decir, Jesús les remite a la vida cotidiana: todos pueden ver los signos de Dios, pero solo los que creen los entienden.

En sus controversias con escribas, fariseos o saduceos, Jesús no entra en el juego de la dialéctica especulativa o verbal, en cuyas redes puede quedar atrapada la fe. Jesús sabe que la fe está por encima de las ideas y de las palabras; estas pueden ser manipuladas por el hombre. Sus adversarios le piden pruebas; Jesús les ofrece signos. Ellos no entienden los signos; Jesús les hace ver su falta de voluntad y su ceguera interior.

Signos de amor sin reservas.

Crear es también cuestión de amor. Pero el amor no despierta ante argumentos o pruebas racionales que traten de demostrar su existencia. El amor nace sencillamente cuando las personas se abren y se entregan de un modo gratuito y generoso, sin intereses ni miras egoístas. La **gratuidad** es signo de amor; el mayor signo de amor es dar la vida, amar sin reservas.

Cuando Jesús habla de Dios no especula sobre su naturaleza interna, sino que remite a los dones recibidos, para que cada cual pueda descubrir la gratuidad e la existencia, que tiene su fundamento en el Dios del amor. A los que se afanan con codicia por asegurar su existencia, Jesús les dice que la vida no depende de los bienes (Lc 12,13-21). A los padres

les dice que aprendan de su condición de padres, de su amor gratuito y generoso, para conocer a Dios (Lc 11,9-13).

A los que ponen divisiones y fronteras entre los hombres, les dice que se fijen en el sol y en la lluvia y descubran cómo Dios no hace distinción de personas (Mt 5,43-48). A los que se creen autosuficientes o justificados ante Dios y se consideran con derecho a despreciar a los que tienen por pecadores, les pone un ejemplo para que juzguen ellos (Lc 18, 9-14).

Jesús remite a las gentes a sus propias experiencias de amor, perdón, acogida, entrega, para que en estas experiencias descubran los signos de Dios. Por medio de parábolas Jesús pone al descubierto todo el amor que siente Dios hacia el pecador (Lc 15). Este amor queda plenamente realizado en la persona de Jesús, que da la vida generosamente por los demás. Este amor gratuito de Jesús es el mayor signo de Dios; todos pueden ver este signo, pero no todos descubren su significado.

Signos de esperanza sin garantías externas.

La fe vive también en la esperanza y de ella se alimenta. La esperanza da dinamismo a la fe, orientándola hacia el futuro. La esperanza cristiana no surge del miedo ante los males que pueden atormentarnos; no cierra los ojos al “más acá” para refugiarse ilusoriamente en el “Más allá”.

Entre el optimismo infundado, que conduce a la evasión o huida de la realidad, y el pesimismo frustrante, que conduce a la desesperación, está la **esperanza activa** que conduce a la realización plena del hombre y del mundo. No se trata de esperar pasivamente, con los brazos caídos, sino de hacer todo lo que podamos y abrirnos a lo que nos sobrepasa; se trata de estar siempre con las lámparas encendidas, es decir, de mantener viva la llama de la esperanza.

Pero, ¿qué garantías tenemos de que se cumplirá nuestra esperanza? La esperanza, como el amor, solo puede ser comprendida desde dentro. **La única garantía de la esperanza reside en la fe:** “La fe es seguridad de lo que se espera” (Heb 11,1); la fe es el anticipo real de lo

que esperamos. El objeto de la esperanza cristiana es Dios; el cristiano espera en Dios porque confía en Él; no necesita más garantías, le bastan los signos de esperanza que Dios pone al alcance de todos.

Cuando Jesús habla de Dios, no se apoya en el miedo o la ignorancia de las gentes para que pongan su esperanza en Él; al contrario, se apoya en la confianza y remite a la vida para que descubran en ella los signos de esperanza. A los que le piden una “señal del cielo” como garantía de la verdad, Jesús les remite a los “signos de los tiempos” y les anuncia un signo mayor que el de Jonás, es decir, su muerte y resurrección (Mt 12, 54-56; 16, 1-4). A los que están preocupados por el final de los tiempos, Jesús les habla del juicio universal, de los nuevos cielos y la nueva tierra; pero no habla en un tono amenazante, sino que les abre los ojos para que vean los signos, para que no se dejen embaucar por los falsos profetas y para que perseveren hasta el final (Mt 24). A los que se cansan de esperar o esperan dormidos, pasivamente, Jesús les pone ejemplos para que descubran la necesidad de estar siempre alertas y comprometidos en las tareas de este mundo, pues no se nos pedirá cuenta de la esperanza, sino del amor que genera esperanza (Mt 25).